AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

4

ORIENTE

EGIPTO DURANTE EL IMPERIO MEDIO





ORIENTE

Director de la obra:
Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:
Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels. 656 56 11 - 656 49 11
Fax: 656 49 95
Depósito Legal: M.26.481-1991
ISBN: 84-7600 274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600 999-2 (Tomo IV)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

EGIPTO DURANTE EL REINO MEDIO

J. J. Urruela



Índice

I. La primera gran crisis

1. El fin de la monarquía menfita

Para el período inmediatamente posterior al fin del Reino Antiguo se evidencia una absoluta falta de conexión entre los elementos que el arqueólogo puede manejar y la continuidad dinástica pretendida por Manetón. Efectivamente, las llamadas dinastías VII y VIII, a las que el sacerdote de Sebenitos adjudica, respectivamente, setenta reyes en setenta días y veintisiete en otros ciento cuarenta y seis días, dejan al historiador perplejo. Su significado no puede ir más allá de manifestar una inestabilidad política palpable, sobre todo por lo que respecta a la llamada dinastía VII, a la cual la mayor parte de los investigadores están de acuerdo en negar una existencia real. Aceptan que a la muerte de Pepi II la anarquía se hizo dueña del país bajo el mandato de un rey débil de nombre Merenre, que fue seguido de un conjunto de personajes en lucha por el poder a los que difícilmente puede denominarse monarcas. Hayes, sin embargo, acepta unos ciertos visos de continuidad dinástica en base a la existencia de ciertos nombres reales (HAYES, 1946, 1970, 1971) que la tradición ha mantenido.

La ausencia de documentación hace de éste un momento histórico confuso por el que se ha gestado un nombre ciertamente de compromiso: Primer Período Intermedio, queriendo expresar así su corte entre la existencia de dos épocas brillantes, los Reinos Antiguos y Medio. Muy probablemente los egipcios no recordaron ni señalaron con calificativos especiales este lapso de tiempo más que en función de su adscripción a lugar geográfico determinado. Porque, y ello será claramente determinante, lo que sí puede afirmarse sin lugar a dudas es que la descentralización geográfica ya apreciable bajo los débiles reyes de la dinastía VI se prolongó drásticamente de tal manera que los acontecimientos, la ausencia de autoridad y las revueltas no afectaron por igual a todas las tierras egipcias y, en algunas zonas claramente marginales, como el oasis de Dakhla (GIDDY, 1987), la documentación arqueológica indica regularidad en el uso del suelo, poblados y necrópolis, lo que la descarta como escenario de acontecimientos excepcionales.

Es posible que la falta de autoridad de los últimos monarcas de la dinastía VI propiciara una situación de confusión, agravada por situaciones debidas a malas cosechas y hambre generalizada, a la que pudo llegarse tanto por crecidas insuficientes del

Nilo como por crecidas catastróficas. No faltan quienes apuntan hipótesis sobre un cambio climático que afectó al Africa Nororiental a finales del tercer milenio (BELL, 1971). Pero la ausencia de control hidraúlico también pudo propiciar desastres agrícolas de proporciones gigantescas para una población acostumbrada a ese control durante cientos de años.

Lo que sí es evidente es que Menfis perdió el dominio del Valle y de los acontecimientos y esta situación es la que ha querido leerse en un texto conocido como "Las lamentaciones del sabio Ipuwer" Se le conoce por una copia en papiro no anterior a la dinastía XIX, escrita por un escriba no acostumbrado a la lengua del texto (DONADONI, 1967). Según GARDINER (1909) su redacción no puede ser posterior al período que aquí se trata, aunque no han faltado autores que lo emplazan en el Segundo Período Intermedio (SETERS, 1964).

La "Lamentaciones. . . " muestran un Egipto descompuesto y en el cual el orden natural de las cosas ha sido subvertido. El escritor es, indudablemente, un hombre de la clase superior a quien la situación le produce un pesimismo que puede aparecer como exagerado (HAYES, 1953) pero que proviene de una situación demasiado patética para ser completamente falsa. Para la forma en que está concebido y redactado, que recuerda a ciertos pasajes de la biografía de Weni, encierra un lirismo evidente, producto de una situación emocional ante la realidad de los hechos:

"Fijaos, el Nilo golpea y no se labra (la tierra). Cada uno dice: no sabemos lo que nos llegará a través del país. Fijaos, las mujeres son estériles, ya no se concibe y Khnum no da vida (a los hombres) a causa del estado del país. Fijaos, los pobres han llegado a poseer riquezas, y quien no tenía ni sandalias es ahora dueño de bienes innumerables. . .

Fijaos al hijo de un noble no se le reconoce y el hijo del ama se convierte en hijo de sierva.

Fijaos, el desierto se abate sobre el país, lo nomos son destruidos y los asiáticos han llegado a Egipto desde el exterior.

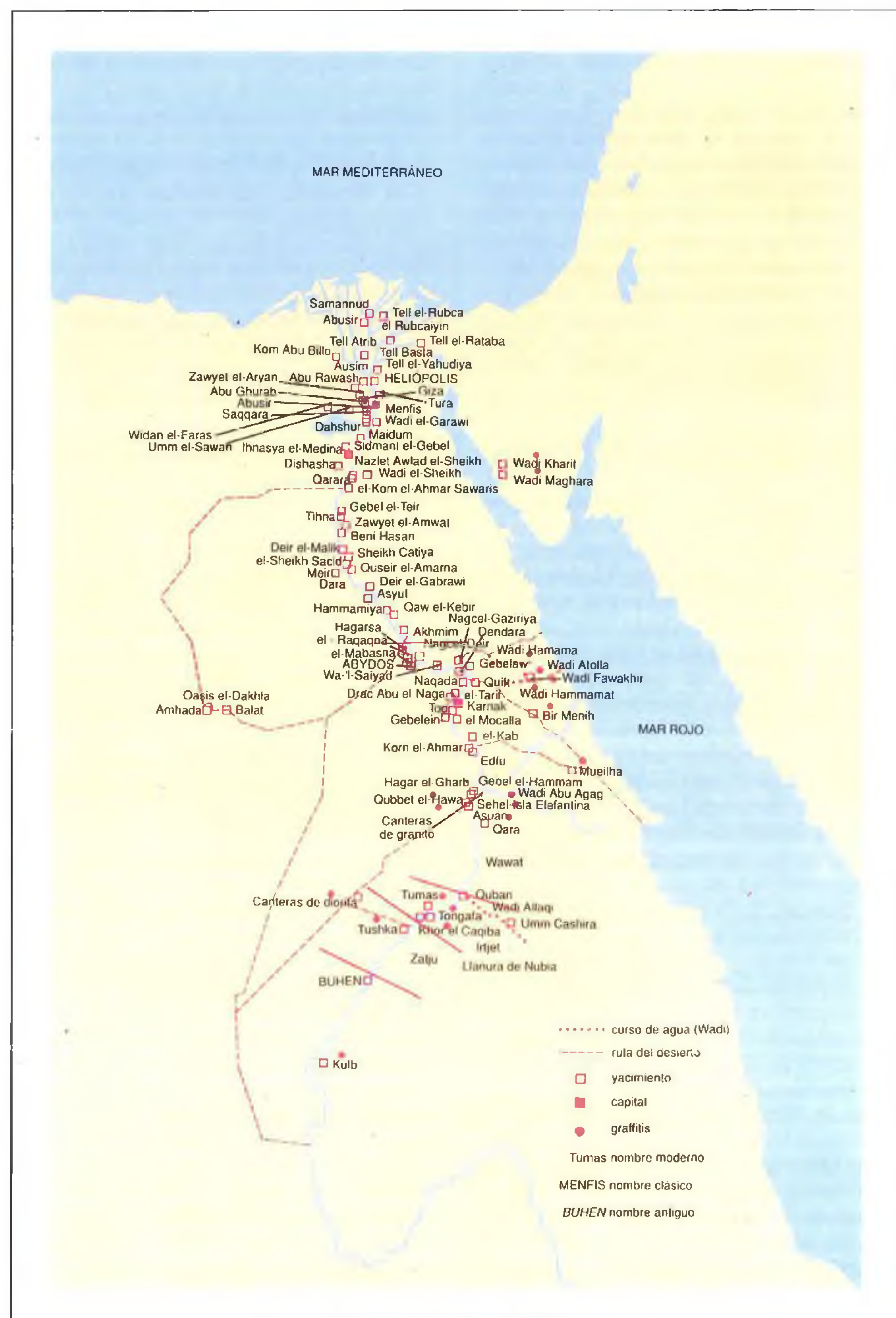
Fijaos. . . ya no hay nadie en ningún sitio. (. . .)."

De "Las Lamentaciones del sabio Ipuwer".

La situación que se desprende del texto es de anarquía, pero sería exagerado atribuirla a revueltas populares o a un proceso revolucionario. Ipuwer muestra su desaliento con cierto estoicismo de sabio y parece achacar los males a la presencia de un monarca débil aunque bien intencionado. Dado que faltan tanto el comienzo como el final del texto no puede afirmarse con seguridad si la alocución tiene un destinatario. Algunos investigadores piensan que el rey débil es Merenre II, (SPIEGEL, 1950) pero nada hay que lo demuestre. Hay, eso sí, zonas que se desprenden de la lectura del texto que abogan por suponer un interlocutor divino, pues Ipuwer da argumentos para pensar que la causa de los males viene de la falta de piedad de los reyes, razón por otra parte de su falta de éxito político (KEMP, 1983, BARTA, 1974).

No puede precisarse cuánto tiempo duró el caos, pero parece razonable pensar que la monarquía menfita se sostuvo a duras penas, y que el Valle del Nilo sólo conoció la autoridad que pudieran desarrollar los cada vez más independientes gobernadores locales.

A juzgar por los nombres que ostentaron los reyes de la dinastía VIII debieron ser descendientes más o menos directos de Pepi II y los autores reconstruyen la sucesión gracias a las listas de Abydos y Turín (BECKERATH, 1984). Estos reyes, en número de unos diecisiete o dieciocho pudie-



Mapa de Egipto al término del Reino Antiguo y durante el Primer Período Intermedio.

ron recibir sepultura en la zona de Sakkarah, aunque sólo puede conjeturarse por la existencia de la pirámide de uno de ellos: Aba.

La existencia de catorce inscripciones debidas a varios reyes de esta dinastía, conocidas como los Decretos de Koptos, les hace aparecer con una cierta autoridad. Efectivamente, estas copias de textos legales informan sobre nombramientos en cargos administrativos y eclesiásticos a varios miembros de una familia local, la del visir Shemay (WEIL , 1912, HAYES, 1946), que ostentaba el visirato del Sur. ¿Podría entenderse ésto como la existencia de un cierto control por parte de los reyes de Menfis? No necesariamente, sino que es perfectamente posible pensar que los jefes locales aceptaban una sanción por parte de la monarquía "histórica" de Menfis para mejor ejercitar sus situaciones de hecho. Ahora bien, en todo caso, prueban que seguía funcionando el espíritu de gobierno (KEMP, 1984) aunque, y por decirlo de alguna manera, no el gobierno mismo.

Estos monarcas menfitas son, por tanto, débiles imitaciones de aquellos grandes faraones de la dinastía IV. Y como herederos suyos gozaban aún del carisma de una tradición de varios siglos.

Shemay y su hijo Idi recibieron los títulos de nomarca, gobernador del Alto Egipto y visir, a pesar de que, indudablemente, ya gobernaban a su antojo en la zona. Esta descompensada relación de fuerzas entre nomarcas y reyes de Menfis propició que determinados nomos, al frente de los cuales se alzaron gobernadores fuertes y emprendedores, ejercitaran un protagonismo que se fue consolidando paulatinamente y que en algunos casos se convirtió en hegemonía dentro de una zona determinada.

Y así se apagó definitivamente la monarquía de Menfis, sin poder ejercer un control más allá de los límites comarcales, con el Delta ocupado por los asiáticos y el Medio y Alto Egipto controlado por las aristocracias locales.

2. El período heracleopolitano y la dinastía XI hasta Mentuhotep II

El nomo en el que más rápidamente se gestó un gobierno fuerte fue *Nennesu* al sur de Menfis. Lo suficientemente lejos para que no le afectaran los disturbios de los asiáticos del Delta y lo suficientemente cerca para poder asumir ciertas aptitudes de las que siempre se contagia todo lo que está cerca del poder, sobre todo si este poder es ejercido durante cientos de años. A esta situación hay que añadir indudablemente la facilidad de acceso de la localidad que luego llamarían Heracleópolis a la zona de Fayum.

Un nomarca, de nombre Meribre Khety I (Aktoi o Aktoes según la tradición griega), asume el poder y establece un control en buena parte del Valle que parece que en principio no fue discutido. No se sabe de dónde procede la información dada por Manetón sobre la tiranía y crueldad de este monarca, pero pudiera tener simplemente relación con las dificultades que hay que suponer acompañaron un cambio de dinastía sobre un caos casi generalizado. Tampoco se explica demasiado bien la atribución por el mismo Manetón de dos dinastías, la IX y la X, a la citada Heracleópolis cuando no puede detectarse un corte entre las mismas (REDFORD, 1986). Muchos autores las consideran como una sola y a sus gobernantes una única familia.

Los reyes heracleopolitanos es evidente que se sintieron herederos de la tradición menfita y ello puede considerarse así, sin más que analizar los nombres reales utilizados, dentro de la misma línea que la casa real de Menfis (BECKERATH, 1966). Incluso

conservaron a efectos administrativos la antigua capital menfita y todo ello puede llevar a pensar que el cambio de monarquía sólo significó un cambio de familia en el poder sin que se produjera ni enfrentamiento bélico ni conquista de la capital, Menfis. Los monarcas de la casa de Heracleópolis permanecieron en el poder algo más de un siglo, según algunos autores (HAYES, 1970, 1971; VERCOUTER, 1987; p.e.) o poco menos de esta cifra, según otros (BECKERATH, 1971, p.e.).

De los sucesores de Khety I se tienen conocimientos muy dispares y escasos en general, que hacen casi imposible establecer el orden necesario y los años de reinado. Es el caso de un Nefercare, tercero o cuarto de la lista dinástica que HAYES (1971), quiere identificar con el Kaneferre citado en la tumba del nomarca Ankhtifi, en contra de la opinión de otros investigadores, como se verá más adelante.

El siguiente rey del que se conoce algún dato es un Nebkaure Khety II, que puede ser identificado con el monarca que aparece en el cuento "El campesino elocuente", también conocido como "Las nueve palabras del habitante del Oasis". De esta narración se han localizado cuatro pápiros de finales del Reino Medio. Algunos autores, basándose en ciertas palabras de las "Instrucciones a Merikare", hacen del rey que se cita en el texto al posterior Khety III, pero no hay argumentos que lo demuestren. Aquí interesa destacar que la narración propicia un cierto sentido de lo humanitario (DAUMAS, 1962) y de la idea de justicia que puede ponerse en relación con las aspiraciones de una dinastía que afianza su control político aun a pesar de las dificultades existentes. Es posible considerar el texto del campesino como una narración difundida con intenciones de propaganda política, pero es sólo una sugerencia. HAYES (1971) destaca como rasgo importante que en el momento a que se refiere el texto la dinastía controlaba los dos horizontes del Delta. Ello puede ponerse en relación con las alusiones al mismo problema que aparecerán después en las "Instrucciones a Merikare".

Del resto de los monarcas de lo que Manetón denominó dinastía IX no puede decirse prácticamente nada. Ni sus nombres completos se conocen.

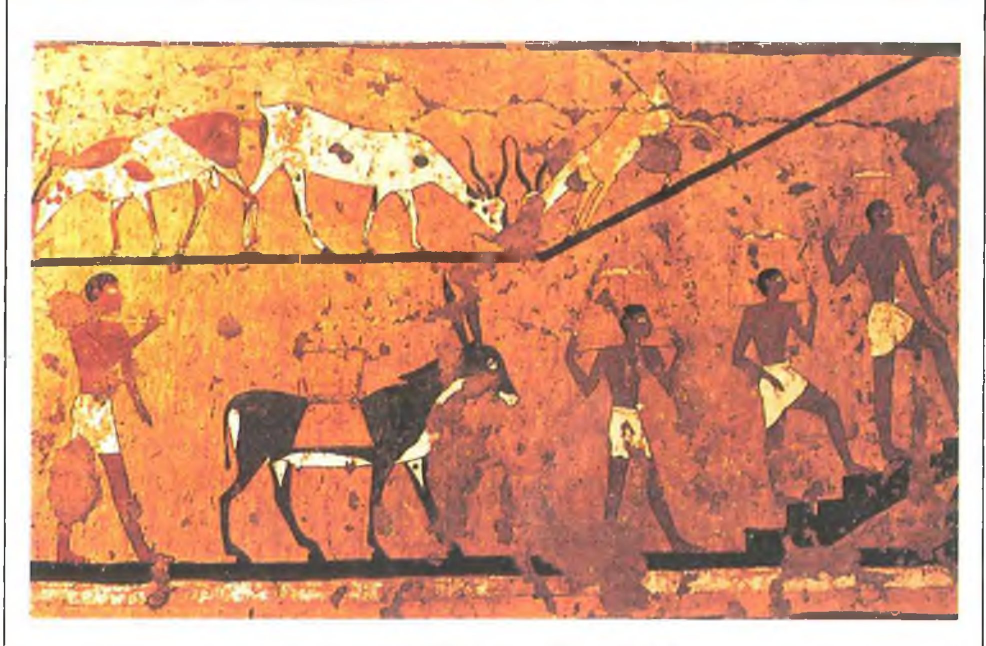
En cuanto a la denominada dinastía X, parece que en un principio se recogían cinco nombres en el pápiro de Turín. A través de otra documentación pueden precisarse cuatro. El fundador, o continuador si se considera a las dinastías IX y X como una sola, parece que fue un tal Merihathor que sin embargo V. BECKERATH (1966) prefiere leer Meribre por un grafito en las canteras de Hetnub. Su sucesor fue un Neferkare; luego Wahkare Khety III, después su hijo Merikare y finalmente un rey del que no se sabe nada.

Sobre la interpretación del segundo rey, Neferkare, se debate una cierta polémica y su identificación con el Kanefera, aparentemente el mismo nombre escrito de forma diferente, que se cita en la tumba del nomarca Ankhtifi tienen gran importancia en relación con los acontecimientos que rodearon la expansión tebana.

En Moalla, al norte del nomo de Nekhem, tercero del Alto Egipto, y al sur de Tebas, está situada la tumba de un monarca que hizo causa común con la casa real de Heracleópolis:

"El príncipe, conde, Portador del Sello Real, comandante del ejército, Amigo Unico, Sacerdote Lector, Jefe de Exploradores, Jefe de las Regiones Exteriores, Gran Jefe de los nomos de Edfu y Hierakompolis, Ankhtifi, dice:

El Horus (rey) me ha concedido el nomo de Edfu por su vida, prosperidad y salud; (enconmendándome pacificarlo y yo lo hice (. . .) Yo encontré la casa de Khun inundada como pantano, abandonada por aquel a



Tumba de Ibi, Gebelein.- Primer Período Intermedio. Museo de Turín.

quien le pertenece, una lucha con el rebelde, bajo el control del miserable. Yo hice (que) un hombre abrazara al asesino de su padre (o) al asesino de su hermano, con el fin de restablecer (el orden en) el nomo de Edfu. Cuán feliz fue el día en que yo encontré el bien en este nomo. Ningún poder será aceptado (por) quien esté en el ardor de la lucha, ahora que todas las formas de maldad que la gente detesta han sido suprimidas.

Yo soy la vanguardia de los hombres y la retaguardia de los hombres. El que encuentra la solución donde hace falta. El guía de las tierras por una dirección exacta. Firme en el discurso, tranquilo de pensamiento, en el día de la Unificación de los tres nomos. Puesto que soy un campeón sin igual, que hablo cuando los demás (han de) guardar silencio; en el día temido en el que el Alto-Egipto y el Bajo Egipto están callados (. . .)"

De "La inscripción de Ankhtifi"

Así se expresa un hombre que sin duda fue un jefe local, nomarca o Príncipe del nomo, pero que ejerció un control efectivo en la zona. Puede deducirse por los textos de su tumba que en alianza con el rey de Heracleópolis intervino en el nomo de Edfu, al sur del suyo propio. Que conquistó o pretendió conquistar el siguiente nomo, todavía más al sur, el de Elefantina, primero del Alto Egipto.

Ankhtifi, como aquellos Shemay y su hijo Idi del nomo de Koptos, significa palpablemente una fuerza importante al amparo teórico de una dinastía lejana, que da sanción política a sus ambiciones personales. Del resto de la inscripción de su morada postrera dedujo VANDIER (1950) que Ankhtifi era contemporáneo del Neferkare que figura en el Papiro de Turín como predecesor de Khety III y poco anterior a la expansión de Wahankh Inyotef II (Antef II) de Tebas.

Según este autor hay que suponer que Ankhtifi impone una alianza al príncipe del nomo de Elefantina y

conquista y asume el poder en el de Edfu. Con los contingentes que le proporcionan estos territorios ataca a las tropas que el nomarca tebano había lanzado contra Ermant, antigua capital del propio nomo y rival por lo tanto. Los acontecimientos parece que se detuvieron, pues sobrevino una gran hambre en Valle de Nilo y Ankhtifi se jacta de haberlo remediado y no sólo en su propio territorio pues indica que acudió en socorro tanto del Alto como del Bajo Egipto, empleando los excedentes de cereal producidos durante su mandato.

Es difícil medir con exactitud el alcance de estas palabras, propias del estilo grandilocuente de los jerarcas orientales. ¿Socorrió Ankhtifi a otros nomos al norte de Tebas?. Y si es así ¿cómo soslayó a las fuerzas de los tebanos?.

HAYES (1970) no acepta que de la inscripción de la tumba de Mo'alla pueda deducirse que el Kaneferra citado sea el Neferkare predecesor de Khety III hace, como ya se ha visto, al nomarca Ankhtifi y a los acontecimeintos de los que fue protagonista algo anteriores en el tiempo. Este planteamiento sólo podía sostenerse, siguiendo a GARDINER (1961), si al antagonista de Ankhtifi, el tebano Inyotef II, se le suponía suficientemente fuerte como para controlar efectivamente el territorio, pero documentos posteriores han demostrado que la expansión tebana, que se verá después, no fue eficaz hasta un momento posterior a la muerte de Ankhtifi y del mismo Inyotef II.

En cualquier caso, y sea cual sea la realidad de lo ocurrido, la inscripción de la tumba de Mo'alla viene a plantear, junto con otros datos procedentes de otros lugares como Dandera, que las ambiciones personales de los nomarcas significaron un cierto freno al caos anterior y propiciaron así la unificación llevada a cabo por Tebas.

Arqueros nubios. Tumba de Meschti, Asyut. Din. XI. Madera pintada. Museo Egipcio. El Cairo.



El siguiente monarca heracleopolitano es Wahankh Khety III (Achtoes III) que sin embargo BECKERATH (1966) prefiere leer Nebkare Khety. A él se atribuye la autoría de las llamadas "Instrucciones a Merikare", que a manera de testamento algunos investigadores suponen que dejó a su hijo. En realidad hay los mismos argumentos en favor de la hipótesis de que el autor verdadero fue el propio Merikare que puso en boca de su padre aquello que suponía una justificación de su comportamiento como rey y su falta de belicosidad para con Tebas.

Por las mismas "Instrucciones" se conocen algunos de los acontecimientos en que se vio implicado Khety III. El valor histórico de estos datos ha sido excesivamente considerado por algunos autores (WARD, 1971) y hoy día se tiende a juzgarlos con mayor dureza, aunque no se discute la impresión general, sino lo detalles (KEMP, 1983).

Puede aceptarse que Khety III se vió imposibilitado para enfrentarse a los tebanos y por lo tanto "aconsejó" a su hijo que no lo hiciera. Necesitó a los nomarcas del Medio Egipto por lo cual "recomendó" a su hijo que se apoyara en ellos: "Grande es un Grande cuyos Grandes son grandes" que expresa todo un concepto de la monarquía muy diferente del de las épocas gloriosas del Estado egipcio.

Las diferentes alusiones al control del Delta hacen pensar que efectivamente sí fue ésta una preocupación constante de Khety III. Se puede aceptar por lo tanto que pacificó el Delta y persiguió o expulsó a los asiáticos, allí asentados desde los postreros momentos del Reino Antiguo. Una política de colonos egipcios en las tierras bajo control fue muy posiblemente una solución definitiva.

A pesar de que estos datos parecen significar una autoridad firme no hay que olvidar, como contraste, que en el mismo texto de las Instrucciones se hace mención expresa de que el rey Khety III no pudo evitar, en la toma de This, los saqueos de tumbas y recomienda a su hijo que no construya su última morada con restos de materiales reaprovechados; hecho que, indudablemente, había sido frecuente. Estos rasgos no permiten presentar a los monarcas herecleopolitanos como grandes reyes y su control de territorio dejaba, por lo tanto, mucho que desear.

La alianza de Heracleópolis con algunos nomarcas más al Sur, como Tefebi de Asyut, permitió la toma de Abydos por Khety III, pero esta conquista debió ser efímera.

Por las inscripciones de las tumbas de los nomarcas de Asyut puede colegirse que estos jerarcas mantenían estrechas relaciones con la casa real de Heracleópolis, con la que tal vez estuvieran emparentados. Tefebi pasó su infancia en la corte heracleopolitana, tal vez junto al futuro Merikare, a quien dedica un himno en su tumba de Asyut alabándolo de forma sorprendente. En sus títulos los príncipes de Asyut utilizan una nomenclatura en boga (BREASTED, 1906) "Príncipe heredero, conde, Portador del sello real: Amigo Unico, profeta de Upwawet, señor de Asyut", equivalente a la ya expuesta de Ankhtifi. Durante tres generaciones pueden seguirse las vicisitudes de esta familia de nomarcas que utilizaron nombres idénticos a los de los reyes heracleopolitanos. El padre y el hijo de Tefebi se llamaron Khety y en la tumba del primero de ellos se hace mención expresa de la Gran Hambre que asoló el Valle, tal vez la misma citada por Ankhtifi. Se sabe también que estos príncipes mantuvieron en pie ejércitos muy numerosos entre los que eran de destacar los mercenarios nubios.

Estos hechos están, por lo tanto, relacionados indirectamente con los acontecimientos que se presentan como

ejecutados por Khety III en las "Instrucciones". De alguna manera este texto aparece como un balance político de la dinastía IX/X pues en él se hace referencia al primer Khety, rey Meribre:

"Cuando me apoderé de This y de Maqi, en el límite sur de Taut y los tomé como una tromba de agua. No hizo esto el rey Meribre, Justificado".
De "Las Instrucciones a Merikare"

Estas palabras parecen incidir en la consideración antes expuesta, y es que los monarcas heracleopolitanos, desde Meribre Khety I, se consideraban pertenecientes a una misma familia dinástica. Khety III se presenta así como el ejecutor de las ambiciones territoriales no alcanzadas por sus prodecesores en el trono.

Parece probable que a la muerte de Khety III, Heracleópolis controla el Valle sólo por la alianza con nomarcas como los de Asyut. Algo más al sur, y ya en la época de Merikare, Abydos está en poder de Tebas y posiblemente el rey heracleopolitano no osó discutirlo. Tras su muerte los acontecimientos debieron precipitarse y las inscripciones de las tumbas de los príncipes locales en los diferentes nomos los presentan como servidores de Tebas. De todas formas el silencio documental no permite muchas conjeturas. Un monarca heracleopolitano debió suceder a Merikare pero puestos a desconocer no se conoce ni su nombre. Pronto el poder de Tebas se afianza y su nomarca se levantará con el título de "Señor de las dos Tierras". Pasará a la Historia como el Horus Seakhtawy, rey Montuhotep II, pero la tradición posterior hizo reyes a sus antecesores, aunque muy probablemente no lo fueron.

Efectivamente, en la Cámara de los Antepasados de Karnak se menciona a un primer Antef, "Inyotef", que al igual que su sucesor Montuhotep, primer gobernante de Tebas con este nombre dedicado al dios Montu, fueron los nomarcas originarios de una familia que fundará la dinastía XI del Egipto reunificado. Se desconoce la posible relación de esta familia con los gobernantes locales en tiempos del Reino Antiguo. A este Montuhotep, evidentemente un nomarca que se hizo fuerte en Waset (El Cetro), luego llamada Tebas, se le dió posteriormente un sobrenombre: *Tepy-a*, "el ancestro". La familia debió desplazar en la jerarquía local a la ciudad de Ermant, con la cual, como ya se ha visto, llegará a enfrentarse bélicamente. Estos jerarcas locales, Montuhotep y su padre Inyotef el Antiguo, ostentaron títulos sacerdotales de indudable significado en el período, que algunos investigadores han interpretado como "padre divino", *itinetjeru* (HABACHI, 1958). El padre divino Montuhotep fue, probablemente, el padre del primer Seherwtawi Inyotef I, fundador pretendido de la dinastía. Antes de arrogarse el Doble Título se autodenominó "Jefe Supremo del Alto Egipto", pero muy probablemente la realidad no debió corresponder a los títulos. Sólo tras la muerte del nomarca ankhtifi en Het-nut (Mo'alla) pudo el sucesor de Inyotef I, es decir su hermano Wahankh Inyotef II, controlar algo eficazmente el Sur. Un personaje de su tiempo de nombre Hetepi, cuya tumba está en El-Kab, ha dejado en la misma su autobiografía y en ella hace alusión a la gran hambre que se extendió por el Valle y a ciertos acontecimientos que dieron como resultado el control efectivo sobre el Sur (GABRA, 1976). Si esta Gran Hambre es alguna de las señaladas por Ankhtifi o por Tefebi, puede decirse que el control de los nomos del Sur sólo pudo realizarlo Tebas en los últimos años del reinado del heracleopolitano Khety III. Tal vez por ello sus "consejos" fueron la declaración política del sucesor, Merikare. La di-



Lanceros egipcios.
Tumba de Meschti, Asyut Din. XI.
Madera pintada. Museo Egipcio. El Cairo.

nastía heracleopolitana ha muerto, como murió la menfita. El Tiempo Intermedio ya ha pasado. El Sur unificará Egipto una vez más.

3. Estado y sociedad

La evolución de la sociedad egipcia y las características propias de este período están íntimamente relacionadas con la fragmentación producida tras el colapso del Reino Antiguo. La ausencia casi total de documentación sobre los acontecimientos, que obliga a un cierto grado de conjetura, como se ha visto en las páginas precedentes, se contrapone con testimonios literarios y arqueológicos que sí permiten, en cambio, dar un determinado cuadro del ambiente social y cultural del Valle del Nilo.

En esta literatura, y en otros testimonios posteriores, se hace presente una cierta idea de decadencia, producto de la reflexión de los propios egipcios sobre su presente y su pasado más inmediato. El ejemplo más significado tal vez sea el cuento de "Neferkare y el general Sisenet". El texto es una acusación manifiesta a la relación homosexual del monarca Neferkare Pepi con uno de sus generales. Aunque la gestación oral de la "historia" pueda atribuirse a finales del período, su puesta por escrito no irá mas allá de los comienzos de la dinastía XVIII. Recoge, evidentemente, una tradición de notable peso: la descomposición moral del Reino Antiguo como razón de su caída. Esta misma línea narrativa, surgida tras la superación de los períodos de decadencia del poder centralizado, tendría su auge más tarde, cuando a través de la Baja Epoca justifique los relatos herodoteos de sentimientos populares hostiles a reyes como Keops y Khefren (POSENER, 1957) y cuya primera línea narrativa pudo formarse de la misma manera que los cuentos del papiro Wetscar.

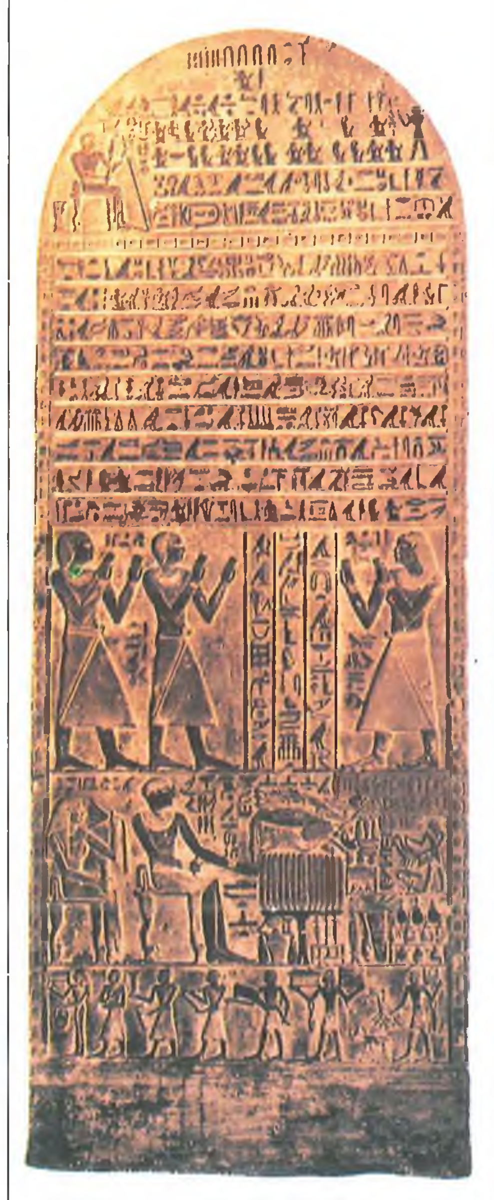
La debilidad de los últimos reyes de la dinastía VI había desencadena-

do la ruptura del equilibrio entre el todo y las parte. Las ambiciones personales y el control del excedente por los gobernadores locales habían conducido a la autonomía de las provincias.

Las dinastías que subsistieron no pudieron ejercer un control real más allá de unos pocos kilómetros fuera de su capital. Entre los monarcas de la dinastía VIII menfita y de la IX/X heracleopolitana suman, aproximadamente, unos treinta y seis reyes, si no más. Y ésto en un espacio de tiempo de unos ciento cuarenta años, según algunos investigadores. La media de duración de los reinados fue asombrosamente baja, atendiendo a los pocos datos de que se dispone. Ello redundó doblemente como factor de desequilibrio político y social. Esto, unido a la falta de recursos económicos explica, por ejemplo, que sólo se conozca una pirámide, la de Aba.

La falta de control sobre el territorio permitió la llegada de asiáticos. Alusiones a ellos se encuentran tanto en las "Lamentaciones del sabio Ipuwer" como en las "Instrucciones para Merikare". Debieron significar un factor de desequilibrio social que dejó enorme huella en los egipcios, que sintieron por ellos un profundo rechazo. De ambos textos se puede deducir que estaban ampliamente instalados en casi todo el Delta, a excepción de algunos lugares de la zona occidental. Incluso se piensa que participaron como mercenarios en las luchas entre los nomarcas del Medio y del Alto Egipto, y ello en función de la presencia de puntas de flecha de cobre (POSENER, 1971).

La situación que se produce durante este Primer Período Intermedio fue excepcional en la historia de Egipto y no tuvo paralelos con los otros momentos de nombre análogo. En primer lugar hay que admitir con KEMP (1983) que la monarquía menfita estaba excesivamente ligada al Norte del País y, por lo tanto, dependía más de los personajes que estaban relacionados con la corte, a los que se benefició con el usufructo de donaciones funerarias que se agolpaban fundamentalmente al Norte del nomo decimoquinto.



Estela de Merw. Din XI. Año 46 del reinado de Mentuhotep II Museo Egipcio. Turín.

Esto favoreció la independencia de los nomarcas del sur que se fueron haciendo fuertes en sus territorios dado que cada vez fue menor el papel jugado por el "Gobernador del Alto Egipto", cargo frecuentemente entregado a uno de los mismos nomarcas.

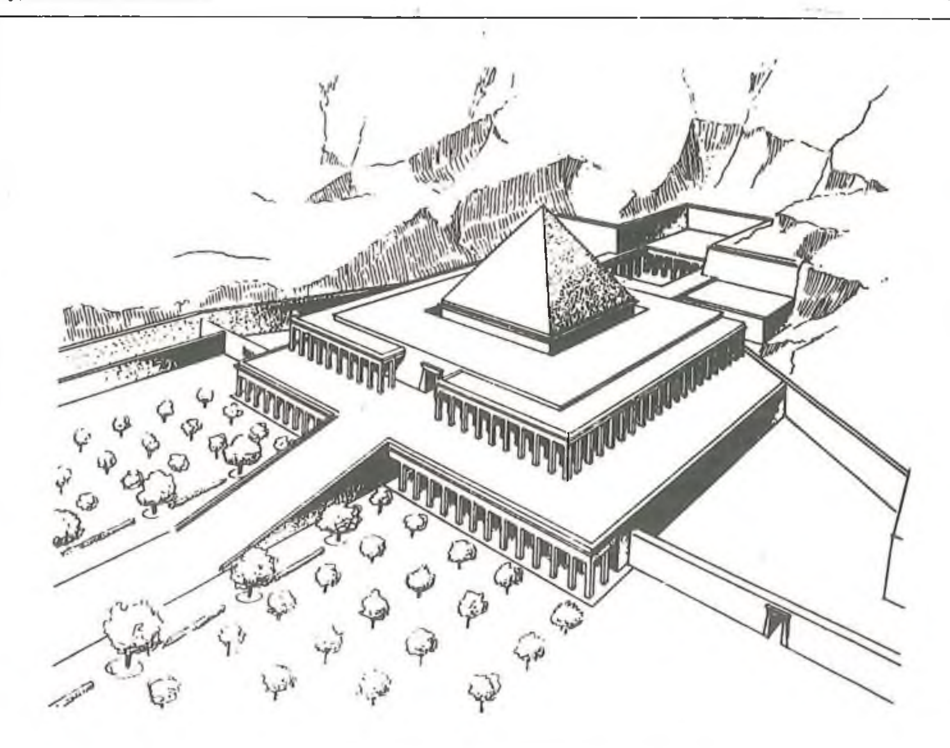
En realidad la cualidad de nomarca sólo puede ser aplicada en justicia a los gobernadores locales del Alto Egipto. En el bajo no hubo en realidad estos títulos, puesto que se dio siempre el cargo de "gobernador de la ciudad" a individuos vinculados con la corte que eran sacerdotes del templo local, y compaginaban algún otro cargo, como responsables de la justicia y el orden. Ciudad que, no era, necesariamente, la capital del nomo (KEMP, 1983). Se dieron, eso sí, algunas excepciones, como el caso de los nomarcas de Beni Hasan que ostentaron el título como herencia familiar.

La descentralización del poder hizo que estos gobernadores y nomarcas, tanto en el Medio como en el Alto Egipto se convirtieran pronto en verdaderos príncipes autónomos que controlaron su propio excedente local, levantaron sus ejércitos de mercenarios y se rodearon de los elementos de prestigio que en un pasado inmediato habían sido privilegio de los reyes-dioses. Incluso en las localidades más pequeñas el jefe local se adornaba con títulos pomposos y hacía erigir estelas funerarias que recordaban su persona y sus cargos, como el caso de un tal Shedmotef, que se calificaba de "gobernador de la ciudad y encargado de las querellas" lo que se podría traducir por alcalde y comisario de policía (CLERE, 1950). Y ello en una pequeña localidad del Egipto Medio, cerca de Abydos.

Pero en las ciudades importantes, cabeza de nomos, lo que no siempre coincidió, el gobernador local se hizo con el control de todo el territorio y desbancó a los jefes de las ciudades del mismo nomo. Esto pasó más fácilmente en el Sur que en el Norte. Ya se ha visto el caso de Ankhtifi, análogo al de los primeros Inyotef de Tebas.

El cargo de sacerdote del templo local, tradicionalmente unido al de gobernador de la ciudad, permitió el control sobre el terriorio, los hombres y el excedente, pues este conjunto de cargos suponía también la gestión de los impuestos que eran entregados al visir, cuando la monarquía había sido fuerte y poderosa. Roto el eslabón cabeza de la cadena el gobernador del territorio sólo tenía que rendir cuentas a su dios local, al cual, como sacerdote, administraba. Esta estructura de poder territorial no cambió en absoluto y se mantuvo bajo el Reino Medio.

La falta en principio de una "Cabeza del Sur", papel luego asumido por Tebas, propició la fragmentación del Alto Egipto y permitió que en función de individuos y situaciones diferentes determinados nomos se aliasen momentáneamente con la realeza teórica que se mantuvo en Menfis o Heracleópolis. Así pues, la idea de la realeza como referencia máxima de poder subsistió por encima de todas las vicisitudes aunque, según algunos autores, perdió algo de su carácter divino e inmutable. Es difícil tomar partido en una cuestión tan delicada porque los egipcios concentraron en el concepto de monarquía ideas muy diferentes, entre las cuales no era menor la del sentido de la justicia, pero ciertamente no la única. ¿De qué manera afectó este período de crisis monárquica a la imagen que el campesino tenía de sus reyes? La respuesta es problemática porque todo cuanto se ha dicho lo ha sido en función de textos que sólo podían ser escritos y entendidos por una minoría realmente pequeña. Tal vez se pueda decir que la monarquía se racionalizó y su concepción se vinculó más a la idea redentora de la justicia y el or-



Alzado y reconstrucción del templo funerario de Mentuhotep II.

den cósmico-político salvaguardadora de la paz, cuya ausencia lamentaba el sabio Ipuwer. Esta misma justicia que reclamaba para sí el Habitante del Oasis: *"Intendente, mi señor, el Grande de los Grandes, la guía de lo que es y de lo que no es. Si tu desciendes al lago de la verdad y la justicia que navegues con el buen viento (...) No hay nada peor que una balanza que se inclina, un plomo que se desvía, un hombre justo y veraz que se descarría (...) [Porque] el medidor del grano se guarda una parte (...) El que debía hacer cumplir las leyes ordena la rapiña. ¿Quién se encargará de combatir la infamia si el que debe administrar la justicia comete él mismo ignominia"*, y que, probablemente, los reyes heracleopolitanos pretendieron personificar. La literatura posterior, diseñada desde el poder, insistió sobre esta idea: monarquía centralizada equivalía a orden y salvaguarda del individuo.

Del texto de las "Instrucciones Merikare" se ha querido extraer una nueva concepción de la monarquía, más humana y, por lo tanto, sujeta a errores. Tal vez sea una conclusión demasiado fácil. En el contexto de la ideología del poder, la monarquía aparecía para los egipcios en dos esferas bien diferentes. Por un lado, el rey como cabeza del Estado cuyo éxito político estará íntimamente vinculado a su relación con los dioses y su actuación personal. Es en este ámbito en el que se manifiesta el autor de las "Instrucciones". En otra esfera el monarca encarna a Horus y a Ra en un sincretismo que no debía entrañar ningún misterio para los egipcios, y que permaneció prácticamente invariable a lo largo de los siglos de cul-

tura egipcia (POSENER, 1960). Esto no está, sin embargo, en contradicción con el hecho de que la imagen del monarca no sufriera modificaciones en relación con la situación política, pero sí que éstos puedan deducirse del citado texto. En realidad, puede decirse, las "Instrucciones" no difieren de cualquier otra muestra literaria del tipo de las "Enseñanzas de Ptahotep" o de otros textos del Reino Medio que se verán mas adelante.

A pesar de lo dicho, hay que aceptar que la crisis de la monarquía de Menfis pudo influir en la metalidad de los habitantes de Valle. Por lo que respecta a los campesinos conviene recordar que es difícil que pudieran vivir peor de lo acostumbrado, pero sí que la falta de autoridad, junto con otros factores, pudieran generar situaciones de hambre que no necesariamente fueran achacables a desastres naturales. El ya citado texto de las "Lamentaciones del sabio Ipuwer" da ejemplo de situaciones de desorden que hacen reflexionar al personaje con argumentos que son patrimonio de la humanidad y no sólo de una cultura determinada. En el "Diálogo del desesperado con su *ba*" el tono es diferente y el pesimismo alcanza su cenit. Ante el desastre de la vida sólo puede desearse la muerte:

"La muerte está hoy ante mí como la curación después de la enfermedad. Como la recuperación ante un accidente la muerte está hoy ante mí Como el aroma de la mirra como descansar bajo la vela en un día de viento".

Al "Desesperado" sólo le resta el consuelo en el Más Allá, dado que ninguna ilusión le queda de la existencia terrenal. Pero su *ba* le presenta el cuadro horroroso de la muerte intencionada y le intenta convencer para que acepte la vida como es, con sus miserias y con sus contradicciones, con sus alegrías y sus dolores. La obra, en suma, es un bellísimo tratado filosófico ante el hecho del vivir cotidiano, de la oposición entre la esperanza de la vida y la angustia de la nada (DAUMAS, 1962).

No todos los autores están de acuerdo en adscribir estas dos obras al Primer Período Intermedio, no faltando, incluso, quienes piensan que no tienen relación con situación de crisis alguna, siendo por lo tanto, meros ejercicios literarios. Es difícil, sin embargo, sustraerse a la idea de que sean únicamente muestras de ingenio, elaboradas sin el trasfondo de circunstancias históricas propias, y por otra parte no es difícil suponer cuál fue el proceso que pudo degenerar en caos.

El sistema de explotación hidráulico se basaba en el fuerte control de la mano de obra y una dirección muy especializada. Cualquier fallo en el aparato de gobierno podía suponer la rotura de la cadena de producción. Si faltaba la enorme cantidad de excedente necesario para mantener a la clase dirigente, el ciclo se cerraba y empezaba de nuevo. Este era el camino del desastre. En este ciclo jugaban un papel fundamental los gobernadores de ciudades y los nomarcas. La mera existencia de un arte provincial, el relieve que adquirieron los jerarcas, por lo tanto, prueba, simplemente, que el ciclo se había roto hacía tiempo.

Con el acceso al control local de la producción y el uso de su excedente, estos príncipes imitan el fasto de la antigua corte menfita. Surge así un arte nuevo, a veces rústico, incluso tosco, pero extremadamente original. Sin embargo, cuando Tebas unifique a Egipto todo volverá a los cauces tradicionales, incluso el arte, aunque de forma paulatina.

Con la nueva situación se hizo uso, así, de formas y ritos que antes habían sido exclusivos de los reyes. Ante este hecho, algunos investigadores han utilizado, tal vez un tanto exagerada-

mente, el concepto de "democratización". Pero el uso de estos bienes de prestigio se hizo extensivo solamente entre la clase dirigente y el fenómeno encontró su eco en las ideas religiosas, dejando huella en los Textos de los Sarcófagos:

"Palabras dichas por Aquel cuyos nombres son secretos, el Señor del Universo... Yo he creado cuatro buenas acciones en el pórtico del horizonte. Yo he creado los cuatro vientos a fin de que cada uno pueda respirar en su tiempo.

Esta fue la primera de las acciones. Yo he creado el Gran Caudal de la Inundación a fin de que el pequeño como el Grande sean vigorosos; esta fue la segunda acción. Yo he creado todo hombre igual a todo hombre, Yo no les autoricé a hacer el mal pero sus corazones han transgredido mi mandato. Esta fue la tercera acción. Yo hice que sus corazones dejaran de olvidar al Occidente a fin de hacer las ofrendas divinas a los dioses de los nomos; esta fue la cuarta de las acciones. Yo he creado los dioses de mi sudor y a los hombres de las lágrimas de mis ojos".

"Textos de los Sarcófagos", nº 1130
BARGUET, 1986

Habla el dios-creador con cabeza de carnero, el "Gran Alfarero", Khnum, y éste es, en toda la historia de la cultura egipcia, el único texto en el que se considera un hombre igual a otro. Se trata, pues, de un pasaje de extremo interés en el contexto del Período. El proceso de formación de los Textos de los Sarcófagos sigue un mecanismo paralelo al de la provincialización del arte funerario. Se habían difundido entre las clases altas de los nomos y aparecen, por lo tanto, en los sarcó-



Danzarinas de la tumba de Antefoker.
Tebas. Comienzos de la Din. XII.

fagos de los grandes personajes locales, al tener éstos acceso a los centros de formación de escribas, en donde se conservaban los antiguos escritos reales: los Textos de las Pirámides, posiblemente en forma de papiros-bocetos (BARGUET, 1986) y de los cuales derivaron mediante simplificaciones y cambios con la introducción de nuevas fórmulas. La difusión de las ideas osirianas, que empiezan a hacerse populares y que luego serán propulsadas por los Inyotef de Tebas, facilitaron la redacción y difusión de esta literatura religiosa, uno de los aspectos culturales más significativos del Primer Período Intermedio y que pasará como herencia al Reino Medio.



Estela de Abkaw, su esposa Mentuhotepankh y su amigo Ib. Din. XII.

II. La unidad restablecida

1. La dinastía XI

El progresivo debilitamiento de los jefes provinciales tras muchos años de luchas intestinas jugó a favor de los príncipes tebanos, por lo que ya en el reinado de Inyotef II se puede admitir la existencia de un control efectivo del Sur. De Inyotef III nada se sabe, salvo que reconstruyó la tumba de un príncipe divinizado en Aswan. La frontera de la influencia tebana quedó, durante mucho tiempo, detenida en el nomo de La Cobra, el décimo del Alto Egipto y ahí seguirá hasta el año catorce del reinado del hijo de Inyotef III. Un poco más al Norte, en el nomo trece, los príncipes Le Asyut se mantienen fuertes en su alianza con los monarcas heracleopolitanos.

A pesar de lo acompasado de las conquistas, el interés de los tebanos por unificar Egipto es algo que se hace evidente por razones simplemente económicas. El Norte, con una mayor producción agrícola, podía pasarse perfectamente sin el Alto Egipto, pero, muy probablmente, la recíproca no era cierta.

Esta voluntad se aprecia en el nombre de Horus que Mentuhotep II adopta al subir el poder: Sankhibtawy, es decir: "Aquel que hace vivir el corazón de las Dos Tierras". Pero sería injusto pensar que el mérito de la reunificación sólo fue debido al interés de los tebanos. (VERCOUTER, 1987). La labor previa efectuada por los príncipes de Heracleópolis no puede ser menospreciada y gracias a su control del Delta, y a haber mantenido aglutinados a los nomos más al Norte de Asyut, pudo beneficiarse Tebas, y todo Egipto después, de una rápida pacificación que produjo, de nuevo, la unidad centralizadora de la dinastía XI.

Es evidente, sin embargo, que el mérito en su mayor parte hay que atribuirlo a Mentuhotep II, y la totalidad de la dinastía queda oscurecida por su figura. Su papel como unificador, pacificador y organizador fue ingente. El reconocimiento de este hecho ha sido labor de la bibliografía moderna, que ha sabido reconocer en un solo monarca los acontecimientos que la documentación asignaba, aparentemente, a tres reyes diferentes con el mismo nombre. Los cambios en el epíteto de Horus fueron la clave de la confusión.

Parece ser que el Horus Sankhibtawy Mentuhotep II asume el poder hacia el año 2061 a.d.C, y si se hace

caso al Canon o Papiro de Turín debió reinar unos cincuenta y un años, cifra sorprendentemente larga para el período. Hay que añadir, de paso, que por lo que respecta a la dinastía XI, el Papiro de Turín está en un estado lamentable (GARDINER, 1959 y 1987, DRIOTON-VANDIER, 1938).

No parece que se pueda asegurar si dedicó los primeros años a organizar sus fuerzas, pero por un estela del British Museum se sabe que Thinis se levantó en armas, tal vez como consecuencia de un período de hambre, el año catorce de su reinado. Por el posicionamiento de la antigua cuna real en el bando heracleopolitano Mentuhotep debe realizar el esfuerzo más importante en su carrera militar. La incursión contra el Norte acaba con la caída de Heracleópolis. Año 2040 a.d.C. Un nuevo nombre de Horus remata los acontecimientos: Netjerihedjet, es decir: "Divina es la Corona Blanca". Lo cual viene a ser como recordar que la realeza divina del Sur ha sojuzgado al Norte. Un nombre muy poco diplomático para un hábil diplomático. Junto al nombre de coronación, Mentuhotep, había parecido otro nuevo: Nebhepetre.

La labor de pacificación debió significar mucho más tiempo. Parece que algunos de sus enemigos se habían refugiado en el oasis de Dakhla, en el desierto Occidental, y tal vez esto tuviera relación con las ofensivas que se lanzaron posteriormente contra los libios, enemigos históricos de Egipto. Mentuhotep reorganiza el Doble País manteniendo en su puesto a los nomarcas que no le opusieron resistencia, como ocurrió en los nomos del Oryx y la Liebre. No fue este el caso de los príncipes de Asyut donde, a partir de este momento sólo aparecen tumbas de sacerdotes y administradores, impuestos por Tebas. Se crea el puesto de Gobernador del Norte, que puede suponerse que en un principio tuvo un duro carácter militar, y se restablece el cargo de visir, único que tuvo las mismas connotaciones que en el reino Antiguo, es decir, responsable, junto al monarca, de los asuntos fiscales, administrativos y judiciales. (KEMP, 1983). Se conocen tres de los visires sucesivos de Mentuhotep, de nombres: Dayi, Bebi e Ipy.

La labor de pacificación y organización debió concluir hacia 2031 a.d.C, treinta y nueve años después de su subida al poder, porque un nuevo nombre de Horus reemplaza al anterior: Sematawi, es decir: "El que unifica las Dos Tierras". Y hay razones para pensar que sí, que efectivamente el País estaba pacificado. Un soldado grabó en la roca de un lugar llamado Abisko, en la primera catarata, una inscripción en la que alude al "control de todas las regiones" (POSENER 1952), y en otras inscripciones repartidas por diversos lugares de Egipto se refleja el éxito político en relación con ofrendas a dioses y otros motivos (HAYES, 1971).

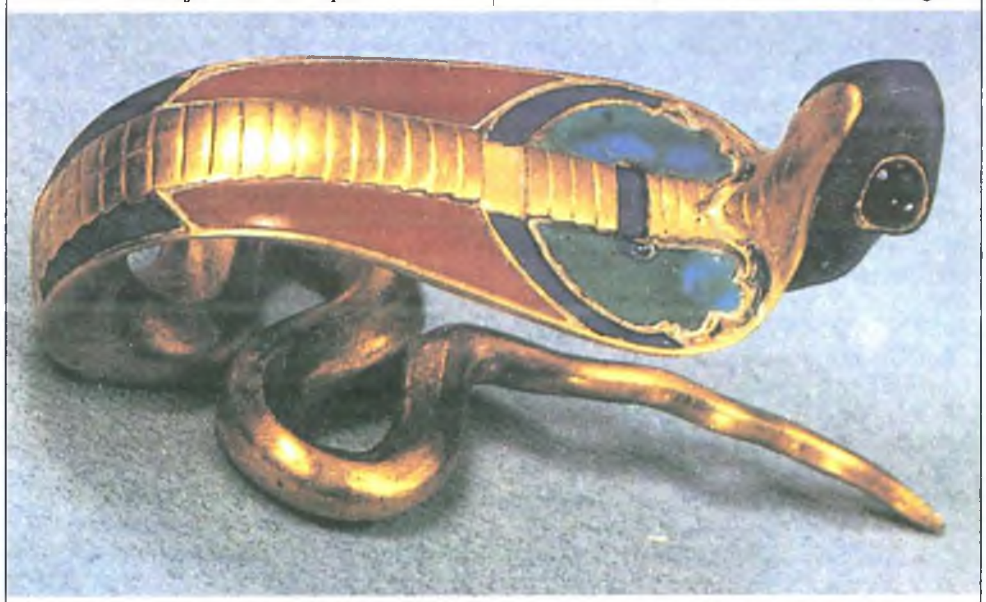
El comienzo de la organización del Estado coincide con el interés por las fronteras. Casi al mismo tiempo que marcha contra Heracleópolis un destacamento penetra en la Baja Nubia. No puede saberse si la razón inmediata era el control de las minas de oro, impedir el reclutamiento de mercenarios nubios por parte de los enemigos que restara dominar, o ambas cosas a la vez. A partir de este momento las expediciones se multiplicarán y aunque no ocupó la zona de Wawat de forma permanente, la mantuvo bajo control. La expansión definitiva hacia el Sur vendría más tarde.

La demanda de materias nobles y el control de los asiáticos le llevó a organizar expediciones hacia el Este. Contra los Amu de la zona de Djaty, como indica la inscripción de Abisko, y también hasta el Sinaí (POSENER, 1971). Hay constancia, asimismo, de importaciones de madera del Líbano tanto para construcción como para la marina.

El Horus Sematawy, rey Nebhepetre Mentuhotep, muere hacia el 2010 a.d.C., tras cincuenta y uno de reinado. Egipto ha alcanzado casi los mismos límites que bajo la dinastía VI, pero con una organización nueva, nacida de la nueva capital, Tebas. Fue un gran constructor en muchos puntos de Egipto, Elefantina, Dendera, El-Kab, Abydos, Ermant.., pero donde su huella queda más marcada es en el circo natural de Deir-el-Bahari. Allí levanta un original templo funerario inspirado en las construcciones monumentales del Reino Antiguo, pero con una expresión que caracteriza a la nueva monarquía del Reino Medio. Para muchos autores la construcción de Deir-el-Bahari marca el comienzo de una concepción del espacio arquitectónico que alcanzará su cenit varios siglos después. Las estatuas de Mentuhotep II, sobre todo la que se encuentra en el Museo de El Cairo procedente del templo funerario, expresan de manera rotunda las nuevas reglas del arte de la corte tebana, en el que se distingue claramente el carácter "salvaje" de la época inmediatamente precedente (WILDUNG, 1984).

El monumento de Deir-el-Bahari, por otra parte, ni es simplemente el templo-tumba de Mentuhotep II. En realidad allí se enterró a toda una generación. El arquitecto concibió un complejo funerario para toda la corte (LALOUETTE, 1986), en donde princesas y grandes dignatarios, como el visir Ipy o el canciller Khety, pudieran permanecer cerca de su soberano. Las obras que más de quinientos años después realizó la reina Hatshepsut destruyeron parte de la necrópolis. La importancia y significado del primer monumento motivó, evidentemente, la construcción del segundo, del que fue modelo y por el cual quedó eclipsado.

La importancia de la obra de Mentuhotep conduce inevitablemente a una reflexión sobre su significado. Es evidente que fue el hombre y sus circunstancias, y los dos factores no se dieron aislados. Los catorce años que transcurrieron hasta la expedición definitiva contra el Norte pueden llamar la atención, si no fuera el investiga-



Ureus de Senwsret I. Museo Egipcio. El Cairo.

dor consciente de que la ausencia de documentación esencial para comprender la historia del momento puede ser paliada, incluso fortuitamente, en cualquier momento. Pero no por ello deja de sorprender la magnitud de los resultados y la poca consistencia política (GARDINER 1961) de los dos reinados de los sucesores inmediatos del gran rey Nebhepetre.

El Horus Sankhtowyef, rey Mentuhotep III, era el segundo hijo del Gran Rey, pues la duración del reinado de éste había permitido la muerte del vástago que estaba destinado a sucederle. Mentuhotep III debió ascender al trono en edad madura y el Papiro de Turín le concede doce años de reinado, lo cual no le impidió ser un gran constructor: monumentos con su nombre aparecen en Elefantina, Tod, Ermant, El-Kab, Tebas y Abydos. Su tumba en Tebas, inexplicablemente, está inacabada.

El Wadi Hammamat fue testigo de una expedición importante, que una inscripción en sus flancos de piedra permite conocer. Tres mil hombres al mando del Gran Intendente Henenu siguieron la ruta hasta el Mar Rojo. Allí botaron los barcos y viajaron hasta el país de Punt (Pwnt), al sur de la costa de Sudán. El alto dignatario Henenu había servido ya a Mentuhotep II y en la ruta del Wadi Hammamat construyó doce pozos. A la vuelta los expedicionarios extrajeron piedra "para la estatuas del templo (¿funerario?)" (BREASTED, 1906).

A pesar de su concentrado interés por el Alto Egipto, Sankhkare Mentuhotep no olvidó reforzar la frontera del Delta Oriental, siguiendo con ello la misma línea de actuación inaugurada por los reyes heracleopolitanos. Las infiltraciones asiáticas estaban demasiado cerca para olvidarlas tan pronto.

Al reinado de Mentuhotep pertenecen los papiros de Hekanakhte (James, 1962), sacerdote funerario del visir Ipy, que explotaba un dominio, y sobre la administración del cual escribe diversas cartas al personaje que deja al mando en Tebas, un tal Mersu, tal vez su hijo mayor. Hekanakhte, que había viajado al Sur en una misión relacionada probablemente con su cometido, hace una alusión a la escasez de alimentos que obliga a "comerse unos a otros". La cita es tenida por algunos como una muestra de humor macabro. Para otros investigadores es sólo una expresión exagerada de un hecho real, la situación de hambre generalizada. Las cartas, por otra parte, aportan interesantes informaciones sobre la explotación y administración del dominio.

Con la muerte de Mentuhotep III se llega a un punto en que la situación no es clara y los investigadores se dividen. Para unos, el siguiente rey es un usurpador y por eso las listas reales del Reino Nuevo lo omiten. Para otros, el problema es simplemente de documentación. Efectivamente, el Canon Real o Papiro de Turín indica una laguna de siete años en el documento utilizado por el copista, que pueden interpretarse como de anarquía.

El nombre de Horus de Mentuhotep IV también sugiere un cierto cambio: Nebtawire, es decir: "Re es el Señor de las Dos Tierras". ¿Qué propició la presencia de Re en un título de Horus?. En los casos conocidos suele significar un cambio de familia, pero de momento nada se puede demostrar. Es posible que determinados sectores consideraran ilegítimo a Mentuhotep IV y ello llevara a plantear problemas en los documentos de los archivos reales. En cualquier caso, el reinado fue muy corto, como ya se ha indicado.

En el segundo año se atestigua una expedición por el Wadi Hammamat hasta la costa del mar Rojo. El interés en los cometidos debió de ser grande, pues la expedición estuvo al mando del propio visir. Las inscripciones que relatan los acontecimientos subrayan el "carácter de los prodigios" con que se vieron acompañados los expedicio-

narios. Una suerte de "protección" divina parecía acompañar a este visir. Tal vez no sea de extrañar si se considera que a la muerte de su rey él mismo subirá al trono con el nombre de Amenemhat I, fundando una nueva dinastía, la XII.

Se ignoran las circunstancias en que tuvo lugar el relevo de poder, lo cual ha hecho florecer las conjeturas. Es evidente que estuvo acompañado de problemas, aunque no puede precisarse si éstos se vieron agrabados en una lucha por el trono.

Los reyes de la dinastía XI habían realizado un esfuerzo tremendo desde su origen como nomarcas, aproximadamente 2133 a. de C., hasta su extinción en el poder en 1991 a. d. C. De estos casi ciento cincuenta años, algo menos de un siglo había sido dedicado a la expansión y conquista del Valle y algo más de cincuenta a controlar el poder, consumidos en su mayor parte por el monarca más importante, Mentuhotep Nebhepetre.

A la luz de estas consideraciones puede decirse que los sucesores del gran rey no estuvieron a la altura de las circunstancias políticas planteadas por la enorme extensión de su dominio (POSENER, 1969). Una prueba de ello lo constituye el hecho de que fuera el fundador de una nueva dinastía quien trasladara la capital de Tebas a Menfis.

Los Mentuhotep habían olvidado, casi totalmente, el Medio y el Bajo Egipto, en donde, probablemente, se acumularon los descontentos. Este "patriotismo regional", como se le ha calificado, favoreció la creación de riqueza en el Sur, dado el sistema de explotación palacio-templo y la complejidad de las fundaciones funerarias como pago de servicios.

La dinastía XI gobernó, por lo tanto, por derecho de conquista y es un hecho que a Nebhepetre no le faltó sentido político, pero la empresa era colosal. Aunque, como ya se ha visto, entre Pepi II y Mentuhotep II no estuvieron totalmente ausentes las artes, las ciencias y las letras, no es menos cierto que el país sufrió un retroceso considerable, faltando además, y fundamentalmente, personal cualificado. La larga carrera de escriba dificulta esta circunstancia propiciada por una situación de inestabilidad política. Este hecho, notablemente más intenso bajo los Mentuhotep, fue motivo de excepcionales medidas todavía en la dinastía siguiente. Sus repercusiones hicieron deficiente la Administración Central con notable influencia en la recaudación de impuestos, en la acumulación de excedente y en la misma producción. En suma, un Estado falto de la poderosa organización de otros tiempos. Las deficiencias en la Administración, en manos de tebanos, polarizados por una capital al Sur, propiciaron o, cuando menos no pudieron paliar, las disidencias más o menos contenidas, o las meras disonancias políticas.

Es, por tanto, lícito imaginar que a la muerte de Mentuhotep IV o incluso antes, el conjunto de las tensiones contenidas y acumuladas produjera una crisis en el país. El mérito de la dinastía XII estribará, precisamente, en dirigir esos impulsos hacia la constitución de un Estado fuerte cuya civilización alcanzará cotas muy elevadas.

2. La dinastía XII

"Y vendrá un rey del Sur; Ameny ¡justificado! será su nombre. Es el hijo de una mujer Ta-seti (Elefantina), es un hijo del Alto Egipto. El recibirá la Corona Blanca y llevará la Corona Roja, unirá a las Dos Poderosas, pacificará a los dos Señores, según sus deseos (...) Las gentes se alegrarán. El hijo de un hombre se hará un nombre para toda la eternidad. Aquellos que se inclinaban al mal y planeaban la rebelión han cerrado su boca a causa del miedo que él inspira. Los asiáticos serán aniquilados por el

simple terror que emana de su persona y los libios abatidos serán por su fama.

De "La profecía de Neferty"

La pseudoprofecía de Neferty (*nfryt*) presenta a un Amenemhat (Ameny es un diminutivo cariñoso) excesivamente mesiánico, tal vez para paliar una ascensión al trono no muy legítima, por decirlo de alguna manera. Y pseudoprofecía porque su redacción, evidentemente, es posterior a los hechos "profetizados". (GOEDICKE, 1977). Con una intención claramente política se confeccionó desde el poder un texto que, bajo la apariencia de cuento popular emplazado en la época del faraón Snefrw, pretendía ofrecer una visión "anunciada" de hechos futuros llevados a cabo por un rey que, salvaguardador de la *maat*, verdad y justicia, restablecerá la unidad perdida.

Se han ofrecido soluciones para legitimar la subida al trono de Amenemhat. Es posible que su padre fuera asociado al poder como "padre divino" por Mentuhotep IV (HABACHI, 1958); es posible que Amenemhat fuera pariente de alguna línea colateral de los soberanos de la dinastía XI; no hay que olvidar que una vieja tradición del Reino Antiguo consistía en mantener el cargo de visir en manos de parientes muy próximos al rey. Ahora bien, al margen de todas estas consideracines, no hay que olvidar que Amenenhat I fundó una dinastía con todas sus consecuencias. Su nombre de Horus, *Whem-neswt* "el que renueva los nacimientos", es bien significativo.

La ascensión al trono, por la manera que fuese, de este personaje, parece coincidir con una situación de conflicto, cuando no de guerra civil, pues hay datos para suponer que su antecesor en el cargo no controlaba de manera efectiva la totalidad del Valle. El nombre de nueva capital, cerca de Licht, en la región de Menfis, expresa su concepción del poder: *Imn-m-hat-ith-tawy* "Amenenhat conquista las dos Tierras", que luego se abrevió en *Ith-tawy*. El es, por tanto, un rey por la fuerza, que no necesita de sangre real; y el rasgo de filiación así lo recalca.

El cambio de capital estaba justificado por motivos evidentes, como la necesidad de controlar el país desde una posición geográficamente más estratégica. Pero no debieron de faltar otro tipo de razones derivadas de la necesidad de contar con las escuelas escribas que, indudablemente, se mantenían más vivas en la Menfis de la antigua realeza (POSENER; 1969).

Todo, o casi todo, es significativamente simbólico en este monarca legendario de la historia egipcia. Su nombre propio significa "Amón está en cabeza", con lo que anuncia un nuevo sentido de la realeza y un porvenir para Tebas. El nombre de la coronación Sehetepibre, "el que apacigua al corazón de Re" pretende unirle al monarca anterior, tal vez, pero es necesario no olvidar que en otros tiempos este hecho significó un cambio en la familia reinante, como ya se ha dicho.

La gran obra de Amenemhat I fue la reestructuración del Estado que abordó desde distintos frentes. Por un lado reguló y estableció de nuevo los límites de cada nomo, seguramente con la intención de acabar con querellas posiblemente endémicas. Uno de sus "incondicionales" más indiscutibles fue el nomarca del nomo dieciseis del Alto Egipto, El Orys (o La Gacela). En su tumba de Beni-Hasan, Khumhotep ha dejado una inscripción suficientemente significativa:

"El soberano estableció la frontera meridional y perpetuó el norte como el cielo. Dividió el Gran Río longitudinalmente, asignando la mitad oriental al Horizonte de Horus hasta el desierto oriental, cuando su Majes-

tad vino a eliminar la iniquidad brillando como el mismo Atum, y a restaurar lo que estaba ruinoso, y a restituir lo que una ciudad había tomado a la otra, y a establecer que cada ciudad conociese sus propios límites con la ciudad vecina, quedando sus fronteras firmes como el cielo y distinguiendo las aguas según lo que estaba escrito, con arreglo a lo establecido en los tiempos antiguos, así lo hizo por su gran amor a la justicia..."

De la inscripción de "Khumhotep"
(según BREASTED, 1906)

Hay que entender las palabras "distinguiendo las aguas" en el sentido de establecer los límites de cada nomo en la divisoria de aguas de la inundación, pues, muy probablemente, de ahí vendría parte de los conflictos territoriales. No debe olvidarse que los impuestos se calculaban sobre la base del nivel alcanzado por la crecida. Y es en este contexto en el que hay que comprender la labor de Amenemhat al permitir la autogestión de los nomarcas en el uso del excedente local, previa la deducción de los impuestos en especie para la administración central. En base a estos hechos algunos autores (GARDINER, 1961) han comparado esta situación a la de un Estado Feudal. Sin negar las similitudes hay que señalar que "lo feudal" es demasiado concreto y está referido a unas determinadas formas de producción que pierden todo significado al descontextualizarlas. Es indudable que la joven monarquía creada por Sehetepibre no podría borrar de un plumazo la autoridad de los nomarcas, como se hará más tarde, teniendo en cuenta, además, que debió contar con el apoyo de algunos de ellos en su toma de poder.

Parece ser que el Delta había sido "limpiado" de elementos asiáticos según indica la "Profecía de Neferty", tras lo cual Amenemhat hizo construir los llamados "Muros del Príncipe", que



Senwsret I. Madera de cedro. Museo Egipcio. El Cairo.

no eran sino una línea de fortalezas dispuestas de tal manera que impidieran el paso de beduinos hacía Egipto. Debía de existir, de todas formas cierta "permeabilidad" porque la "Historia de Sinuhé" nos muestra a este personaje esperando la noche para burlar la mirada de los vigilantes en su huida hacia Siria.

Estas fortalezas, posiblemente emplazadas a lo largo del Wadi Tumilat, no han dejado, sin embargo, ningún vestigio, y tampoco estaban destinadas a impedir totalmente la entrada de asiáticos en Egipto, pero sí, al menos, de forma violenta. Durante las dinastías XII y XIII la clase servil en Egipto seguirá presentado nombre asiáticos, sin que se pueda concretar con exactitud las razones o causas que llevaron a tal condición a sus portadores. (POSENER, 1957 y HAYES, 1972).

El año veintiuno de su reinado Amenemhat I asocia al trono a su hijo primogénito Senwsret. La razón exacta se escapa pero no han faltado interpretaciones. El texto conocido como "enseñanzas de Amenemhat I" plantea diferentes soluciones según la hipótesis de la que se parta. La redacción del pasaje en el que el rey cuenta (está redactado en primera persona) cómo sufrió un atentado dificulta la compresión en la medida en que no se sabe si se quiere dar la impresión de que el rey habla desde la "otra" vida o desde la terrenal. Si el monarca no fue asesinado en ese atentado la razón de la corregencia es inmediata. La muerte de Amenemhat tendría lugar diez años después, momento al que se refiere con seguridad la "Historia de Sinuhé", de la lectura de la cual se deduce claramente que el fundador de la dinastía XII muere como consecuencia de una conjura de harén dirigida a poner en el trono a otro hijo del rey. La rápida intervención de Senwsret impide el éxito total de la intriga.

La mayoría de los autores se inclinan, sin embargo, por interpretar que el texto de la "Enseñanzas" pretende mostrar a Amenemhat ya difunto dirigiéndose a su hijo para aleccionarle, lo que en el ámbito de la mentalidad egipcia no es ningún anacronismo (POSENER, 1969). Así considerado, el hecho del asesinato es narrado por dos fuentes al mismo tiempo; fuentes que pueden considerarse tanto literarias como de carácter político, pues es evidente su intencionabilidad como medios para difundir una versión oficial de los hechos ocurridos.

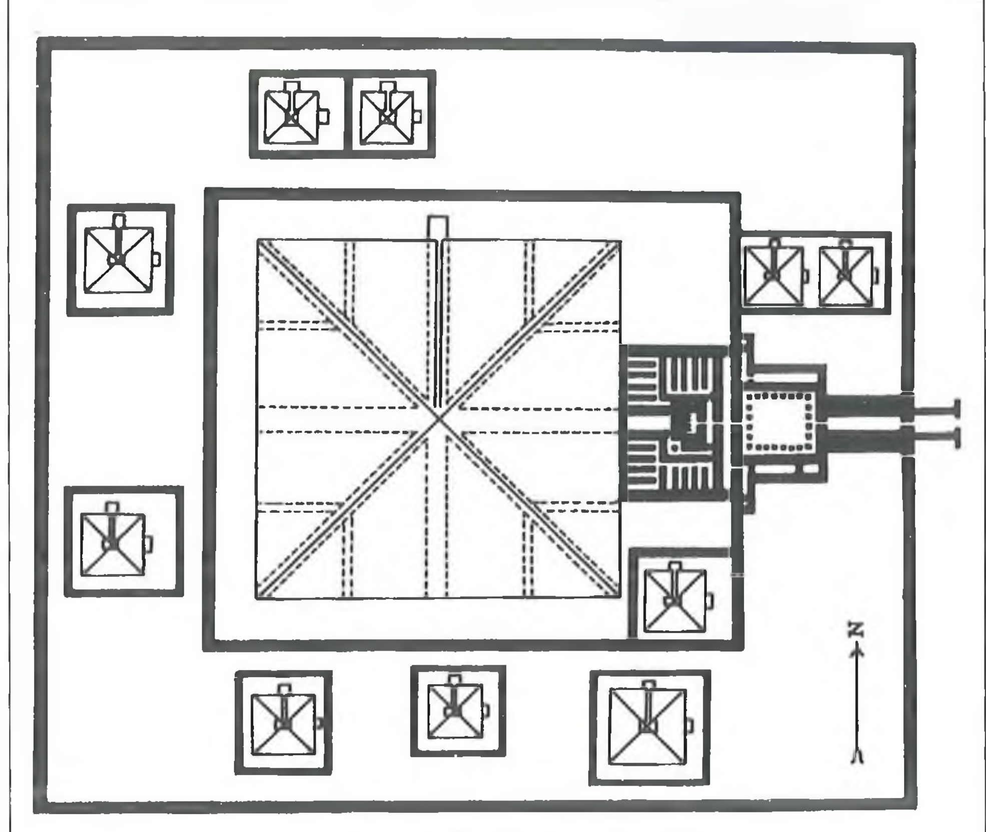
Analizando los acontecimientos que tuvieron lugar durante la corregencia, se advierte la existencia de una política agresiva de afianzamiento de fronteras que Amenemhat I no hubiera podido dirigir personalmente en ningún momento dada su avanzada edad. Para la jefatura de las expediciones militares hacía falta un personaje vinculado a la familia y que al mismo tiempo no supusiera un peligro de golpe de Estado. La corregencia se imponía así con razones evidentes.

Durante los diez años que siguieron, Egipto afianzó su penetración en Nubia hasta el Sur de la Segunda Catarata. Posiblemente para controlar la Ruta del Oro del Sudán Oriental.

Por lo que respecta al Asia no se dispone de muchos datos. Una estela del museo del Louvre, erigida por un comandante militar llamado Nysumontu el año veinticuatro de Amenemhat I, hace referencia a una expedición contra los beduinos, pero sin indicación alguna sobre sus causas o alcance.

El tercer frente endémico para Egipto lo constituían los libios contra los cuales Amenemhat ya había levantado una fortaleza en el Wadi Natrum. Durante la campaña contra estos, dirigida personalmente por Sesostris I, sobreviene la muerte de su padre. La Historia de Sinuhé narra la llegada de la noticia al frente:

"El año treinta, el tercer mes de la inundación, día 7, el dios entra en su horizonte, el rey del Alto y del Bajo



Plano de la Pirámide de Senwsret I en Licht.

Egipto Sehetepibre; él fue elevado al cielo y así se unió con el disco solar. La corte está en silencio, los corazones en tristeza; la doble puerta permanece cerrada; los cortesanos mantienen la cabeza sobre sus rodillas, el pueblo se lamenta.

Su Majestad había destacado un ejército al país de los libios y su hijo primogénito era el jefe supremo, el dios perfecto Senwsret. Había sido enviado para combatir a los extranjeros y castigar a quienes estaban tras los Tjehenu Y ahora regresaba con prisioneros y ganado innumerable de toda especie.

Los Allegados de Palacio enviaron mensajeros por el camino occidental para comunicar al hijo del rey los acontecimientos ocurridos en la corte.

Los mensajeros le encontraron en la ruta y le alcanzaron en plena noche. El (Senwsret) no se retrasó un solo instante: el halcon voló con sólo su guardia personal, sin informar al ejército.

Pero se había enviado también a buscar a (otros) hijos reales que le acompañaban (a Senwsret) en este ejército y uno de ellos fue informado.

Pero yo estaba allí, y escuché su voz (la del otro hijo real) que con propositos sediciosos se había retirado (de los demás), pero yo estaba cerca. Mi corazón se trastornó, mis brazos se abrieron; convulsiones agitaron todos mis miembros. Me alejé para buscar un escondrijo: me coloque entre dos matorrales para evitar ser visto por quienes transitaban por el camino.

De "Historia de Sinuhé",
versión PARANT



Estatua de Rehemuankh. Din XII. Cuarcita. Museo Británico.

Es evidente que la conjura se había producido en beneficio de otro hijo de Amenemhat I y la razón de la huida de Sinuhé no es otra que el conocimiento de un secreto de Estado.

La actuación de Senwsret impidió el triunfo de los conjurados y todo hace pensar que el relato, aunque novelado, fue un testimonio de actuación politica confeccionado con toda intención.

La "Historia de Sinuhé" es también útil para conocer otros aspectos de la política del momento, siempre considerando su valor como documento en el sentido propuesto por POSENER (1969). Se trata de las relaciones entre Egipto y Asia Anterior durante el reinado de Sesostris I (Senwsret).

Sinuhé, que partirá hacia Asia en el mismo instante que Senwsret I asume el poder único, permanecerá fuera veinte años. La mitad del reinado de su señor, al que previa nostalgia de su patria, solicita la autorización para el regreso. En esos veinte años el texto de la "Historia de Sinuhé" no contempla un sólo conflicto bélico y el tono en el que se alude a gentes de Asia está siempre dentro de los límites de unos aliados o amigos. Las relaciones eran inmejorables y frecuentes, como parece desprenderse de las continuas alusiones a mensajeros al Sur de Siria. Ningún dato arqueológico contradice este análisis, que, aunque elaborado sobre un documento que no puede ser calificado de histórico en sentido estricto, es evidente, sin embargo, que refleja la situación del momento.

La presencia de múltiples objetos egipcios a lo largo de la costa Sirio-Palestina (Retenu egipcio) ha sido considerada por muchos autores como el resultado de una política de ofrendas o regalos, intencionadamente amable por parte del rey egipcio hacia los príncipes de la zona.

Sin embargo no debe olvidarse, ni tampoco valorar exageradamente, la

alusión que en la "Sátira de los Oficios" se hace a la profesión de mensajero, cuyo mayor peligro, dice, es el constituido por los *Aamu*, es decir, beduinos. Esto no es una contradicción, ni una prueba en favor de la belicosidad reinante. En primer lugar la "Sátira" es un texto probablemente anterior a Senwsret (Serostris) I y, segundo, los "habitantes de la arena", ni reconocían tratados internacionales ni reflejaban con su comportamiento las posibles relaciones entre los pequeños Estados y Egipto. La razia sistemática era su medio de vida y en pie de guerra su estado habitual.

La política con Asia sí contrasta con la seguida en Nubia. No puede dejar de pensarse que el oro de Sudán fuera la razón de la política de expansión hacia el sur (VERCOUTER, 1987) pero tampoco hay documentación que lo pruebe. El resultado de las acciones de Senwsret llevó al control hasta la Tercera Catarata y al establecimiento de una guarnición en Buhen.

El oro del desierto oriental egipcio siguió explotándose pues siguió abierta su ruta a la altura de Koptos. También se explotaron las canteras del Wadi Hammamat, entre otras. En suma, el de Sesostris I fue un reinado que favoreció el afianzamiento económico durante unos cuarenta y cuatro años, de los cuales los dos últimos fueron compartidos con el hijo de éste, Amenemhat, que será segundo de este nombre.

El Estado de Seguridad se mantuvo bajo el reinado de éste tanto como bajo su sucesor Senwsret (Serostris) II, llegando a sumar entre los dos unos cuarenta y cinco años. Un "tesorillo" de objetos preciosos, cuya procedencia era indudablemente la costa Siria, ha sido encontrado en los cimientos del templo de Montu en Tod; sin duda fueron depositados allí como ofrenda al dios bajo el reinado de Amenemhat II. En ausencia de otros datos sirven de posible confirmación sobre las relaciones amisto-



La reina Nofret. Din XII. Epoca de Senwsret II. Museo Egipcio. El Cairo.

sas con Asia. Egipto, evidentemente próspero, es testigo de innumerables construcciones, explotación de canteras, incluido el Sinaí, y de una especial atención a la zona de El Fayum que culminará en el reinado de Amenemhat III.

Este estado de cosas se modifica parcialmente bajo el tercero de los Senwsret, el más importante de este nombre. Con él el Reino Medio alcanzó su momento más significativo.

La política exterior de Senwsret III debió de contribuir a la formación de la tardía "Leyenda de Sesostris", pues sin lugar a dudas se trata del reinado más bélico de la dinastía.

Se ignoran las razones de este drástico cambio en la política exterior. El mismo Senwsret participó al mando de su ejército en una incursión contra Asia que alcanzó, posiblemente, Siquem, en Palestina. Se ignoran las razones y circunstancias de la expedición, conocida a través de la inscripción autobiográfica de un tal Khusob, miembro de la misma.

Las compañas contra Nubia ofrecen un cariz muy diferente por su sistematicidad y envergadura. Su alcance es evidenciado por el material epigráfico y arqueológico, pero lo que todavía se mueve en el terreno de la conjetura es la razón profunda de esta enorme actividad de conquista e implantación. Tal vez el control de las rutas del oro del desierto pueda ser la causa. Por lo menos es la opinión más apuntada por los especialistas.

Se ha dicho, sin embargo, que la razón pudo estar en la propia situación de los nubios que, tras un período de letargo, la tal vez mal denominada "Cultura B", hubieran despertado y pudieran significar una cierta molestia para el Estado egipcio. Si esto es verdad, su agitación entre la Tercera y la Segunda Cataratas pudo ser el desencadenante.

Las operaciones tuvieron lugar durante los años ocho, diez, dieciséis y diecinueve del reinado de Senwsret III y el tono general de las inscripciones abunda en el profundo desprecio con que son calificados los nubios. En la "Estela del año ocho" se expresa la prohibición absoluta de traspasar las fronteras hacia el Norte. En la inscripción del año dieciséis se les tacha de cobardes y traidores. La afirmación parece demasiado exagerada como para ser considerada con ecuanimidad. Senwsret se jacta, asimismo, de haber acrecentado el legado paterno extendiendo la frontera más al sur. Es fácil aceptar que se trata de una política de autoafirmación. El mismo nombre dado a la fortaleza de Semnah, "Sekhem Khakaure", es decir: "fuerte es el rey Khakaure (Senwsret III)", así parece expresarlo. La simbología religiosa jugará un importante papel y no en vano la figura de este monarca será objeto de culto en toda Nubia durante largo tiempo.

El resultado práctico de la ofensiva egipcia fue la creación de un conjunto de fortalezas que, más meridionales que Buhen y Mirgissa, permitían el control de la zona Norte, comprendida entre la Segunda y Tercera Cataratas. Las fortalezas de Semnah, Norte y Sur, sólo debían facilitar el paso de aquellos indígenas que fueran a comerciar con Mirgissa, cerca ya de Buhen, al Norte. KEMP (1983) estima que estas consideraciones hacen pensar que los egipcios no evitaban las relaciones económicas con sus vecinos, pero puede añadirse que de los textos citados se desprende que los nubios tenían razones para sentirse hostiles a la penetración egipcia. La zona comprendida entre Semnah y Buhen tal vez tenía importancia por sí misma como vía de comunicación o como "hinterland" político y militar, pero es posible que encerrara también algún otro significado que se escapa por el momento.

En otro orden de cosas es fácil ad-

mitir que el territorio nubio era utilizado como plataforma de lanzamiento de otras expediciones. Por ciertos documentos que contenían informes de funcionarios fronterizos se puede apreciar el interés en su control. Tal vez no sea ajena a este interés el control de los indígenas llamados *medjaw* en los textos que posiblemente hacían de intermediarios entre otras poblaciones del Valle y de las cordilleras de la costa oriental.

El interés por el Sur se hace patente también en la inscripción erigida con ocasión de la expedición del año diecinueve, en la que claramente se alude al reino de Kush. Si definitivamente hay que identificar Kush con Kerma, habrá que aceptar la importancia de tal localidad arqueológica como un enclave nubio de cierto relieve político al sur de la Tercera Catarata.

Como colofón a esta política exterior que prueba unos intereses determinados, aunque no demasiado claros, así como un autoritarismo creciente, es conveniente considerar el proceso interno que debió de tener lugar en la nación egipcia durante el reinado del tercero de los Senwsret. La desaparición, o mejor dicho, la no aparición, de inscripciones y tumbas de grandes jerarcas locales, a excepción del nomo de la cobra, número diez del Alto Egipto, parece probar una decidida intención de acabar con las aristocracias que pudieran hacer sombra al poder central. HAYES (1971) destaca lo simultáneo de este fenómeno con la aparición, que en todo caso no sería tan repentina, de una clase media evidenciada por la estelas y estatuillas votivas pertenecientes al santuario de Osiris en Abidos.

Cabe preguntarse si estos fenómenos fueron consecuencia más o menos directa de la reorganización de la administración llevada a cabo desde los tiempos de Amenemhat I. Es evidente en todo caso que se había producido una reforma de las estructuras del Estado.

A través de otro tipo de documentos puede colegirse la existencia de un importante despliege de medios para el conocimiento y tal vez el control de lo que estaba pasando fuera de Egipto; incluso en regiones tan distantes como Fenicia o la gran curva del Eúfrates. Son los Textos de Execración. El conjunto más antiguo puede atribuirse fácilmente al reinado de Senwsret III (POSENER, 1940, 1971) y prueban una intensa red de relaciones, cuando no de simple espionaje, en el Asia Anterior. Los nombres "malditos" que muestran los textos incluyen a no menos de treinta príncipes. Algunos serían personajes de extremada insignificancia pero, aún así, eran conocidos y posiblemente vigilados. Tal vez en este contexto pueda entenderse mejor, aunque no mucho más, la expedición a Palestina citada anteriormente. Este es el Egipto que heredará Amenemhat III.

Su reinado fue fundamentalmente pacífico sin más concesiones que las expediciones necesarias para llevar a término ciertas estrategias ya iniciadas por su padre y antecesor. Tal fue el caso de terminar el complejo defensivo de Semnah. Se sabe también que levantó un templo en Kuban, asimismo en Nubia, y que realizó diversos monumentos en otros puntos del Valle.

Aparte de esto, hubo dos lugares en los que se centró la actividad del tercer Amenemhat: Sinaí y Fayum. Las numerosas inscripciones encontradas en Serabit el Khadim, en el Wadi Maghara y en el Wadi Nash prueban que las explotaciones en las minas de turquesas alcanzaron un nivel no logrado en otros tiempos.

No aparecen documentados enfrentamientos ni hay restos arqueológicos que hablen de fortalezas o sistemas defensivos. Sí se documentan, en cambio, embajadas de beduinos. Tales muestras parecen hablar de un control muy firme del territorio y una situación de alianza con los vecinos. Las



Hipopótamo en pasta vítrea. Din, XII, Museo de Arte Egipcio de Munich.

expediciones debieron de ser frecuentes y numerosas. En una de ellas se cita un contingente de setecientas cincuenta y cinco personas, lo cual expresa la importancia que se le deba a la obtención de las materias primas del Sinaí. Cabe preguntarse si esta actividad extractiva se debía unicamente a las necesidades de cubrir una demanda interior o existían relaciones comerciales con el exterior que hacían estos productos más necesarios.

La obra mas significativa de Amenemhat III es la culminación del magno proyecto sobre el Fayum, idea perseguida en realidad por toda la dinastía.

La tradición, muy posterior, hace referencia al Laberinto como de una construcción que la leyenda convirtió en fabulosa. Prácticamente nada ha llegado hasta nuestros días, pero se ha supuesto que debía tratarse del palacio y templo funerario de la pirámide del monarca en Hawarah. Probablemente se trataba de un edificio público en el que cada nomo disponía de una capilla y el conjunto era a la vez centro administrativo de representates de los nomos y templo central de cultos locales. Por lo menos ésa es la impresión que se saca de la lectura de los textos clásicos como el de Estrabón.

Sin embargo, la labor más trascendente fue la terminación del complejo de presas o diques que permitían aprovechar al máximo la crecida del Nilo a través del Bahr Yúsef, aumentando considerablemente el número de hectáreas de cultivo. La labor de una dinastía se verá asi culminada. Incrementar la producción había sido evidentemente una idea fija de los Senwsret y los Amenemhat.

De los cuarenta y cinco o cuarenta y seis años de reinado no puede hablarse de acontecimientos documentados, salvo las alusiones en las inscripciones que prueban cuestiones comerciales o de explotación de recursos. La paz debió de ser, por lo tanto, la caracteristica más señalada. Las estatuas del rey prueban el punto culminante del arte de este período. Egipto había alcanzado una alta cota en su civilización. Pero la muerte del tercer Amenemhat marcó el punto final a ese apogeo.

El hijo y sucesor, Amenemhat IV, que probablemente asumió el poder tras algunos años de corregencia, pa-

rece que se dedicó a terminar las obras que su padre había dejado comenzadas, hecho, que por otra parte, es casi lo único que se sabe de su reinado. Debio morir sin dejar ningún hijo varón, pues tras él asume el poder una reina, Nefersobek ("la belleza de Sobek") que en las listas reales es citada como Sobekneferwre y a la que Manetón llama Skemiophis. Los investigadores no se ponen de acuerdo sobre su parentesco con Amenemhat IV, pero es posibler que fuera hermana del mismo. El Papiro Real de Turín le atribuye "tres años, diez meses y venticuatro días" y se sabe que se hizo enterrar en Mazghuna, cerca de su predecesor en el trono. Aunque nada



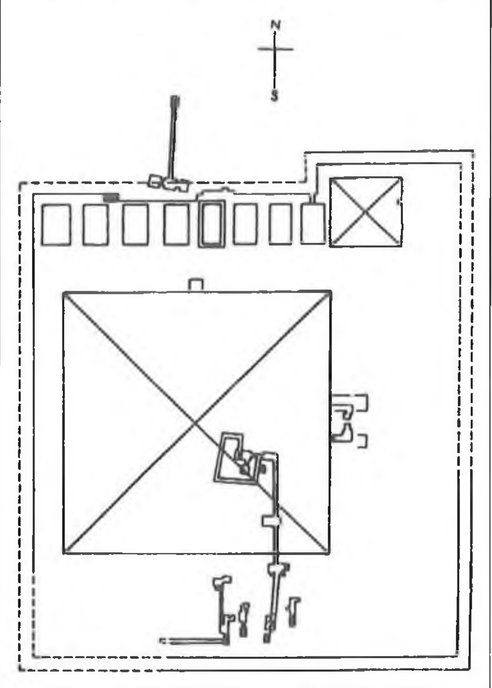
Cabeza de reina. Din. XII. Museo de Brooklyn. Nueva York.

más se sabe de ella, una estatua del museo del Louvre da prueba de su calidad de reina, dado el atavío que ostenta (DESROCHES-NOBLECOURT, 1986). Con ella da término la dinastía XII y uno de los períodos más fructíferos de la historia egipcia.

3. Estado y sociedad

El conjunto constituido por la dinastías XI y XII es considerado por los especialistas como el período clásico de la civilización egipcia. Si bien para unos la siguiente dinastía debe incluirse en tal denominación otros no lo consideran adecuado por darse en ella los intemporales síntomas de la descomposición. En lo que respecta a la historia de la lengua egipcia, el período clásico es algo aún más amplio circunscribiéndose entre el fin del Reino Antiguo y la muerte de la dinastía XVIII.

Que el arte y la literatura de las dinastías XI y XII fuera una Edad de oro, o una época canónica de clasicismo, fue notorio incluso para los mismos egipcios del declinar histórico que se esforzaron en copiar y reproducir no sólo las proporciones en el arte, sino también las formulas jeroglíficas y el propio idioma cuando éste, el egipcio clásico, no era ya sino un producto de archivo.



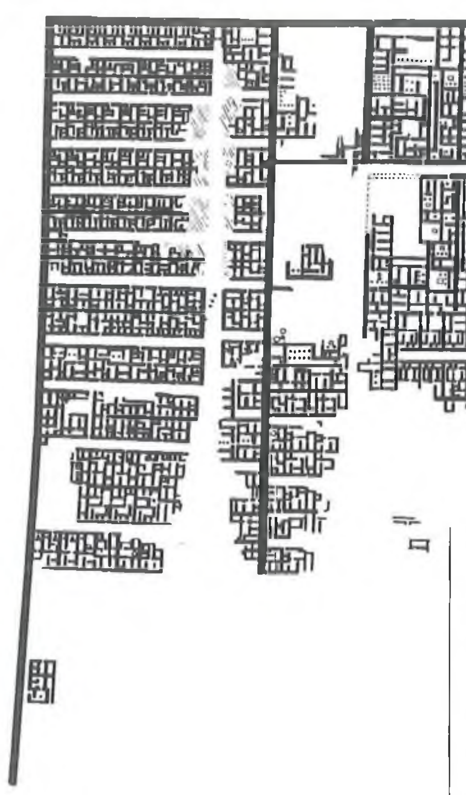
Plano de la pirámide de Senwsret III en Lahun. Según Michalow Michalowsky

Sin embargo para el lector profano o el público culto en general este "clasicismo" no es tan evidente. Esta "época central" del arte y la civilización del Antiguo Egipto, al decir de algunos investigadores (WILDUNG, 1984), carece de la aparente monumentalidad que la simbolice, tal como ocurre con las pirámides de Giza y el Reino Antiguo.

La monumentalidad del Reino Antiguo, en lo que respecta a las pirámides, estuvo acompañada de la solidez del material empleado: bloques de granito y calcárea en todo su volumen. Los arquitectos del Reino Medio encontraron otras fórmulas que restaron solidez, seguramente en pro de abaratar los costes. Esto significó reducir la fortaleza de las construcciones, fue, por lo tanto, una medida intencionada, como lo fue también la falta de grandiosidad, pero tuvo repercusiones desastrosas cara a la posteridad.

Este fue el destino de las pirámides y los templos funerarios de la dinastía XII, como el de la gran mayoría de los templos a los diversos dioses, así como de edificios públicos de los que no ha quedado ningún rastro.

Los monumentos que se han salvado o de los que se tienen noticias antiguas, como del célebre Laberinto, inducen a comparar unas época con otras. Sin embargo la comparación lleva a consideraciones erróneas. Se ha dicho que el Reino Medio es una continuación del Reino Antiguo (KEMP), pero esto es, solamente, una verdad a medias. Sus períodos de duración fueron muy diferentes, lo que "fra-



Plano de la ciudad de Kahun, en Lahun, Fundada por Senwsret III. Según Petrie

guó" de distinta manera las circunstancias políticas, aunque la realidad económica y social se mantuviera similar. Pero similar, no igual. Se evolucionó, eso es evidente.

Y el punto de partida de las dos Edades había sido diferente. En el primer caso la larga noche predinástica. En el segundo, el eclipse del Primer Período Intermedio, cuyas huellas tardaron mucho en borrarse, si es que se borraron del todo alguno vez.

El mismo KEMP afirma que nunca sabremos por qué los egipcios no volvieron a construir después de la dinastía IV pirámides como la de Khwfw (Kheops). desde luego, con seguridad, no lo sabremos nunca, pero hay muchos datos que permiten una cierta explicación.

Se ha visto en la páginas anteriores que las dinastías de la XI y de la XII construyeron a todo lo largo del Valle. Encontraron soluciones arquitectónicas nuevas, hicieron diseños de edificios encontrados con la tradición, cuyo estilo y estéticas copiaron y respetaron, sin embargo. Pero, o no pudieron o no quisieron concentrar en un lugar determinado la mano de obra necesaria para llevar a cabo nada parecido a los dos millones seiscientos mil metros cúbicos de solida piedra de la Gran Pirámide. Las razones políticas apuntan a la primera premisa. Los ideales del Nuevo Estado apuntan a la segunda. La situación económica y social permitiría decir que ni pudieron ni quisieron.

Un estudio pormenorizado de todas las construcciones conocidas o de las que se tiene noticia podría decirnos que el volumen total de lo construido, teniendo en cuenta la relación con el número de años, los materiales empleados, las posibilidades de organización administrativa, los productos naturales necesarios para el consumo, etc., nos daría, posiblemente, un potencialidad parecida a la de los mejores años del Reino Antiguo. Pero en el cuadro estadístico aparecería como factor diferenciador el reparto geográfico del Reino Medio. La dinámica del Centro o la periferia; del Centro o de las provincias, es decir los



Esfinge de Amenemhat III. Din XII.
Museo Egipcio. El Cairo

nomos. La centralización absoluta, característica de la dinastía IV, tuvo un alcance limitado en las dinastías XI y XII. Ni los Mentuhotep, ni Amenemhat I o Amenemhat II, la lograron del todo. Sólo a partir de Sesostris III fue posible, y no se sabe qué tal la emplearon los últimos reyes de la dinastía XII.

Prueba de lo dicho más arriba estriba en las medidas que los arqueólogos deducen para las pirámides de la dinastía XII. Mientras que LAUER quiere hacer algunas de ellas demasiado altas, la mayoría están de acuerdo en darles proporciones más modestas (vid. MALEK-BAINES). Para Amenemhat I, 78'5 m^2 con una altura original de 55 m; Senwsret I, 105 m^2 y 61 m de alto; Senwsret II, 106 m^2 y 48 m. de alto; Senwsret III, 105 m^2 y 78'5. de alto; seis barcos la acompañan; Amenemhat III 105 m^2 y 81'5 m. de altura original, pero en ladrillo. De los demás, o no queda apenas o no se conoce. Al templo funerario de Mebhepetre Mentuhotep le falta el pináculo central, que muchos reconstruyen en forma de pirámide. Al margen de su posible altura su estructura era realmente formidable.

Los faraones vieron así reducidas sus moradas de la otra vida, pero diversificaron sus actuaciones arquitectónicas a lo largo del valle. Durante los reinados de los Meutvhotep, los Amenemhat y los Serostris, otros personajes pertenecientes a la clase privilegiada actuaban en sus respectivos territorios casi como reyes locales. Se



Amenemhat III como dios Nilo. Din XII.
Museo Egipcio. El Cairo

hacían construir tumbas excavadas en la roca, como la de Assuán, de época de Sesostris I, perteneciente al nomarca Saremput; a las de Qaw-el-Kebir mandadas construir por Wahka I, Ibu y Wahka II, que fueron nomarcas bajo Amenemhat II, Sesostris III y Amenamhat III. Y cabe preguntarse si los faraones pudieran haber tenido dificultad para sustraer prestaciones de mano de obra de un determinado territorio regido por uno de estos nomarcas, príncipes de sus nomos por derecho de familia.

Los especialistas en arte consideran esta situación la culpable del cambio producido en la estatuaria desde los tiempos del Reino Antiguo. Los reyes de la dinastía XI mostraron en sus retratos un estilo algo bárbaro, propio de conquistadores. En la XII la estatuaria real suaviza su expresión en un actitud conciliadora típica de soberanos benefactores, marcándose en sus rostros más la expresión humana que la divina. Los máximos exponentes tal vez sean las estatuas de Amenemhat II del Louvre, o la de Amenemhat III en El Cairo. Paralelamente a este hecho, en las de Sesostris I y Sesostris III se aprecia una nobleza y una fuerza que contrasta vivamente con la de otros monarcas de la dinastía. Son siempre retratos de personas concretas en las cuales el hieratismo de lo divino ha desaparecido persistiendo, en cambio, una idea de poder que parece más propia de un ideario político, tal vez el mismo que se deduce de la literatura del período (POSENER, 1956).

Otro cambio para el historiador del arte, destacado numerosas veces como un peculiaridad del Reino Medio, es el que supone la disminución de bajorrelieves y pinturas en tumbas de particulares. Frecuentemente se explica mediante el argumento de la sustitución de estas representaciones por modelos funerarios de pequeño tamaño más realistas y, habría que decirlo, menos costosos en su confección. Es notorio que el modelo funerario de madera tuvo un gran auge en el período. Cumplía probablamente las condiciones simbólicas de magia simpática necesarias para la tumba (BAROCAS, 1978) pero habrá que preguntarse si fue solamente una moda, como pretenden algunos egiptólogos, o simplemente representó la sustitución de un aspecto del arte para el cual faltaron, en la mayor parte del territorio excepto, tal vez, la región de Menfis, artesanos cualificados.

Tal vez sería aventurado afirmar que la escuela menfita no pudo abastecer al país de los artesanos suficientes, pero es innegable reconocer que el cambio de capital llevado a cabo por Amenemhat buscaba muy posiblemente, como ya se ha indicado anteriormente, las tradiciones culturales del Norte.

Otro problema a considerar, y que abunda en la línea de la "distracción" de recursos en diversos puntos del territorio egipcio, es el de la actividad militar. De resultas de la atención a las fronteras hay que pensar que los gobiernos de los Amenemhat y los Senwsret concentraron gran actividad y gastos tanto en la frontera de Nubia, cuyos fuertes se conocen, como en las fronteras del NW y NE de cuya existencia se tienen noticias, pero no restos arqueológicos. Es el caso de los famosos Muros del Príncipe, que Sinuhé pudo sortear en la noche.

De las fortalezas de Nubia ha quedado suficiente información arqueológica como para hacerse una idea aproximada del esfuerzo realizado en materiales y mano de obra. El conjunto de fortalezas con sus muros almenados, sus empalizadas, fosos y torres, escarpas y contraescarpas significan un gran desarrollo tecnológico en el arte de la guerra y una concentración de hombres y recursos que pudieran ponerse en parangón con la construcción de alguna de las grandes pirámides de la dinastía IV, si no fuera porque el período de construcción de

aquellas debió de ser más dilatado en el tiempo.

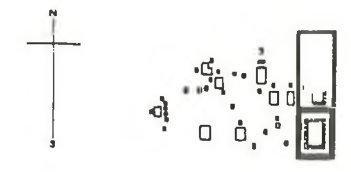
Todo lo que antecede no pretende sino sugerir la idea, a veces pasada por alto, de un Estado en plena actividad, con muchos frentes a los que acudir pero que no contó, problamente, con los recursos de todo el Valle. Tal vez por ello Senwsret III se enfrentó a las aún poderosas familias locales, y prueba de que modificó o hizo desaparecer su estatus es que en su reinado no se fecha ninguna de las grandes tumbas de nomarcas corrientes en los reinados anteriores. Tal vez entonces el ideal de monarquía cambió, pero al Reino Medio le quedaban ya pocos instantes de gloria, y habría que plantearse si verdaderamente este cambio fue una vuelta a los viejos cánones del centralismo monárquico estilo Reino Antiguo o, probablemente, la crisis de la época de anarquía había dejado profunda huella en la ideología gobernante haciendo imposible tal vuelta.

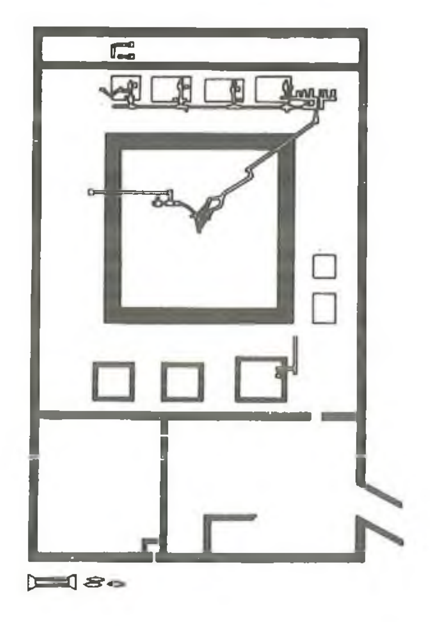
No todos los autores aceptan el cambio del ideal monárquico, como el planteado en relación con la estatuaria real. La controversia oscila entre una negativa rotunda o admitir que estas variaciones lo fueron sólo de matiz. Tal vez la cuestión radique en un error de planteamientos.

La realidad del poder de los faraones dependió de su capacidad para disponer del excedente de todo el Valle. Durante el intervalo que va desde finales de la dinastía VI hasta muy avanzada la XII esto no fue siempre posible, en distinto grado y con intervalo diferentes. Por mucho que se quiera hablar del "carácter inmutable de la monarquía egipcia", es un hecho que ni fue inmutable ni se pudo recuperar del todo de la discontinuidad producida por el Primer Período Intermedio. Las circunstancias inmediatas y la realidad económica, el grado de respuesta que pudiera suscitar en las distintas clases sociales, todo ello pesó abundantemente en las intenciones políticas de los monarcas del Reino Medio, y la literatura es un fiel reflejo de estas intenciones (POSENER, 1969)

Las "Enseñanzas sobre la lealtad" presentan al rey agradecido y generoso:

"El (rey) asegura la subsistencia de los que le siguen. Él procura el sustento de aquel que se adhiere a su camino. A quien favorece será poseedor de vituallas (...) y los partidarios del rey serán bienaventurados. (...) El rey





Plano de la pirámide de Senwsret III en Dahchur. Según Michalowsky



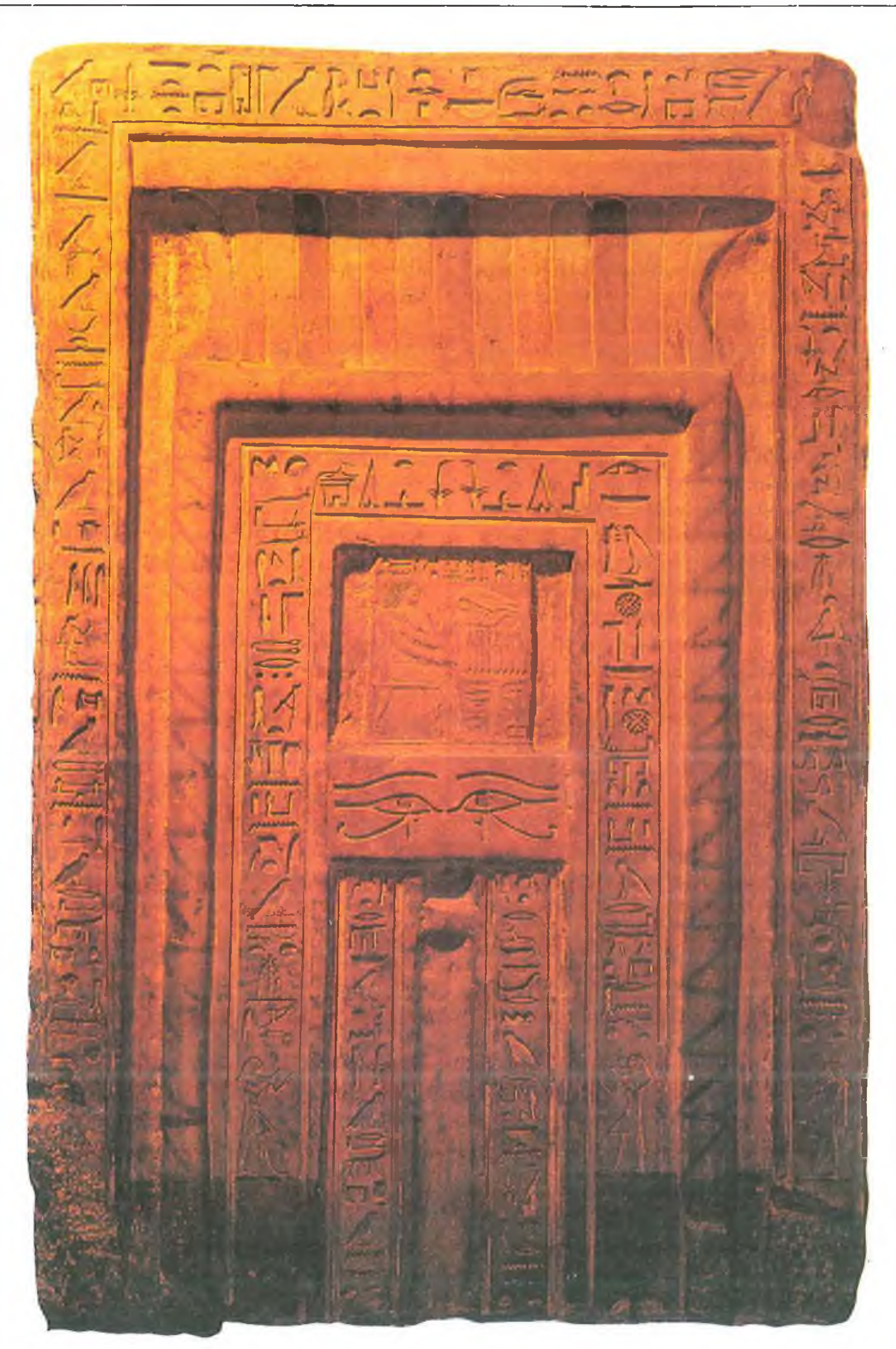
Pectoral con el nombre de Amenemhat III.
Museo Egipcio. El Cairo

es la fortuna, su boca es la abundancia".

De "Enseñanzas sobre la lealtad"
(POSENER, 1976)

En la "Profecía de Neferty" (Nefer-yt) se ha visto que, aludiendo a Amenemhat I, el "hijo de un Hombre" alcanzará la divinidad a través de la realeza. Esto es ya la declaración de un nuevo principio monárquico muy alejado de la mentalidad del Reino Antiguo. En otra obra del mismo período, conocida con el nombre de "Las Enseñanzas de un Hombre a su hijo". (POSENER, 1951 y 1976) se vuelven a repetir los argumentos del texto anterior, reincidiendo sobre el cúmulo de bienes que aportará el rey a sus seguidores y alentando a los que nada tienen para ascender en la escala social por el servicio al soberano. ¿Se trata de propaganda política?. ¿Es tal vez una mera metáfora o era ciertamente posible este camino hacia la riqueza?. Sea lo que fuere, es evidente que sólo podía ir dirigido a aquellos que estaban por encima del nivel de servidores o especialistas en los distintos servicios de palacios y templos. El campesino analfabeto es difícil que pudiera tener ni esta opción ni el conocimiento de que tal opción existiera.

Otro de los factores que incidieron en la situación y en los ideales de la monarquía fue la difusión de la religión de Osiris, propiciada por los jerarcas de Tebas (Waset) cuando aún



Estela de Hornakht. Procedente de Menfis.
Din XII. M.E. Turín.

no era reyes de todo Egipto. Abydos, centro del culto osiriano había caído muy pronto bajo su dominio e indudablemente había sido una cuestión de tacto político. La religión de Osiris, religión de salvación, tendría muchos adeptos en las clases media y baja, por muy exigua que fuera la primera de éstas. Al subir al trono de las Dos Tierras, los tebanos difundieron el culto de Amón-Ra que se convirtió en el apoyo teológico de la dinastía XI. Es evidente que los ideales políticos se vieron influidos por el enfrentamiento de estas corrientes religiosas. La primera, más popular, había predispuesto a la población a una imagen del poder más humana. La segunda, creación de los sacerdotes tebanos, se mantuvo en lucha durante la dinastía XI, pero al trasladarse la capital al Norte, con Amenemhat I, las dos tendencias marcharon paralelas, y el resultado, evidentemente, no podía ser una monarquía estilo Reino Antiguo. Es decir, el ideal de monarquía de la dinastía XII no fue sólo una necesidad, sino también una respuesta a la mentalidad creada en la población como resultado de su control anterior.

Al mismo tiempo este control de las clases exigía, de Amenemhat I en adelante, mantener las dos líneas religiosas dirigidas a sectores diferentes y todo ello formó parte de la estabilidad del sistema. Concretamente dos siglos de estabilidad.

La presencia de innumerables estelas a Osiris encontradas en el Santuario de Abydos y fechables a lo largo de la dinastía XII revela esta intesidad de culto osiriano, pero también revela una actuación política, propiciando la relación entre el poder central y la legión de los que le sirven desde los puesto medios y bajos, es decir, de una clase media. Escribas, pero no altos cargos, funcionarios de tipo medio, artesanos, jefes de explotaciones agrícolas, etc.

En la difusión del culto entre conjunto de la población debió de tener alguna incidencia el traslado de la capital por Amenemhat I. Posiblemente con él se trasladaron artesanos, oficiales y servidores desde el nomo tebano. No en vano los historiadores del arte aprecian un estilo propio de la dinastía XI en los relieves del templo de Amenemhat I en Licht (WILDUNG, 1984). El conjunto pudo actuar de germen.

Las dinastías de la XII crearon, pues, un estado nuevo en el que , posiblemente, una nueva clase de funcionarios íntimamente ligados al gobierno central pudieron equilibrar con su peso las relaciones tirantes con las noblezas locales, aún reacias al cambio. Conforme se fue doblegando a estas aristocracias el conjunto de funcionarios fieles al gobierno central se fue acrecentando a costa de los aparatos de gobierno local.

El poder se había seguido ejerciendo desde la doble perspectiva del palacio y del templo. El gobernador de una ciudad (alcalde en suma) ejercía al mismo tiempo como Gran Sacerdote del templo local. Así, el gobernador de un territorio, príncipe o monarca ejercía funciones parecidas y paralelas en un nivel más elevado. Conforme la monarquía les fue arrebatando poder, es decir, excedente, se convirtieron en simples funcionarios, representantes del poder central. Ya se ha visto que Senwsret III debió darles el golpe de gracia. Este proceso ya había comenzado, no obstante, desde Mentuhotep II.

Bajo Senwsret II hay muestras de un gran despliegue de potencial económico y no es menor la significación de la ciudad de Kahun. Construida como "ciudad de la pirámide" de este rey en Lahun, su extensión es enorme para la época y debió de permanecer como ciudad de artesanos y orfebres durante toda la dinastía. La documentación, fundamentalmente los papiros hieráticos, indican continuidad hasta Sekhemkare, sucesor de Sek-

hemre Khitany, de las dinastías XIII, y recogen aspectos de la ciencia, la literatura, la veterinaria, la ginecología e, incluso, la contabilidad del templo. Algunos papiros hacen referencia a personal de distinto tipo: servidores, músicos, esclavos. Otros relacionan manufacturas de objetos, por ejemplo, estatuas. Estos últimos afectaban a personas de la familia real, incluso de varios faraones y también a particulares; es de suponer que eran cargos importantes. Se trataría, muy probablemente, de donaciones para la tumba. Puede pensarse así que la costumbre de pagar los servicios prestados mediante el trabajo de artesanos mantenidos por el Estado seguía vigente.

Puede entenderse que Kahún, aún formando parte de la fundación funeraria de Senwsret II, se mantuvo vigente como centro artesano en el que se concentraron profesionales y servidores de diverso tipo, dada la enorme variedad de su archivo. Cabe preguntarse si productos tan elaborados como las joyas de la princesa Sit-Hathor-iwnwt, encontradas en su tumba-pozo junto a la pirámide de Senwsret II, el pectoral de Amenemhat II y otras joyas de la época, salieron de los talleres de Kahun, aunque es posible que tales orfebres estuvieran controlados en los mismos palacios.

En todo caso es evidente que se alcanzó un alto grado de perfección, lo que prueba una fuerte demanda. Las joyas de la dinastía XII están repartidas entre varios museos, sobre todo el Metropolitano de Nueva York y el de El Cairo. Si estas piezas se ponen en relación con las explotaciones mineras de la Baja Nubia, conocidas por incripciones diversas, que van desde Mentuhotep IV hasta la dinastía XIII y que hacen referencia sobre todo a los Senwsret I y III, así como a Amenemhat III, puede hacerse una idea aproximada de la riqueza del período. Se puede colegir la existencia de importaciones de materiales nobles procedentes de Siria (POSENER, 1971) y de otros puntos de la costa canaanita. Ciertas piezas procedentes del templo de Osiris en Abydos parecen probarlo. Es posible que estas importaciones se pagaran con productos manufacturados, dado que se han encontrado objetos dispersos por Siria, Palestina y Turquía, o que fueran resultado de una hábil polítca de protectorado.

Esta riqueza material, más deducida que bien documentada, estuvo acompañada de un cierto desarrollo social e intelectual. El "clasicismo" del período lo fue también en materia de literatura y los textos creados durante el Reino Medio se copiaron en las escuelas de escribas cientos de años después, gracias a estas copias, algunas muy fragmentarias, ha llegado a conocerse uno de los conjuntos literarios más importantes de la Antigüedad.

No es casualidad que, precisamente, en los comienzos del Segundo Milenio, se intensifique en todo el Fértil creciente la producción escrita. En este fenómeno intervienen factores muy diversos, pero en lo que respecta a Egipto no le fueron extraños los contactos con el exterior en relación con el evidente protectorado que los monarcas del Valle del Nilo ejercían sobre la parte anterior de Asia, Canaán fundamentalmente. Incluso el Mediterráneo Central, Creta con seguridad. El nuevo estado de cosas propició un desarrollo social que hizo necesarias técnicas de control ideológico más adecuadas a la realidad. La creación literaria fue una consecuencia, el que hoy día se conozca algo de esa obra, una casualidad. Su conocimiento, como ya se ha visto, permite deducir parte del ideario político del Estado egipcio, dado que en la literatura del Reino Medio, subyacen, con huella visible, las necesidades, las intenciones y las esperanzas del grupo que controlaba el Estado, cuando no

de la clase social que hacía posible este control.

Se ha visto páginas atrás como las "Enseñanzas sobre la Lealtad" planteaban la adhesión al monarca representante del poder central en términos tales que fuera de él no existía ni el sustento ni la vida. Pero este tipo de escritos se enmarcaba en un contexto más amplio.

Por la referencia contenida en la "Sátira de los oficios" se deduce la existencia de una pieza literaria de carácter pedagógico conocida con el nombre de *Kemyt,* un conjunto de enseñanzas para la formación del personal adscrito a la Administración del Estado. Su redacción parece que tuvo lugar hacia finales de la dinastía XI, aunque no todos los investigadores están de acuerdo. Numerosos *ostraka* muy posteriores contienen citas muy fragmentarias de la misma.

Esta obra, y la línea de tradición en la que se inscribe, están vinculadas a la "Sátira de los oficios", conocida también como "Enseñanzas de Khety". Muy probablemente se trate del mismo autor de las "Enseñanzas de Amenemhat", quien las escribió en los primeros años del reinado de Sesostris I. La "sátira" tal vez algo antes. En esta última obra se pondera el trabajo del escriba, que está por encima de todos los demás, y enumera los inconvenientes de otras actividades y profesiones. No es necesario recordar cuáles eran las necesidades del Estado en ese momento.

En el papiro Chester Beatty IV, un escrito escolar de época ramésida, se hace mención del escritor Khety, al que se le compara con otros hombres ilustres en el ejercicio de las letras.

"¿Existe alguien como Imhotep? Nadie hay entre nuestros contemporáneos como Neferty o Khety, que fue superior (a él). Te recuerdo los nombres de Ptah-em-Djehwti y de Kha-Kheper-Re-Seneb. Ellos han desaparecido y sus nombres olvidados, pero sus escritos los reviven..."

–Fragmento del Papiro Chester Beatty IV–

Al mismo Khety se le atribuye una obra poética, el "Himno al Nilo", en la que se ensalzan los beneficios innumerables del río, pero que no está exenta de un cierto caracter moralizante.

Esto se acentúa mucho más en las "Lamentaciones de Kha-Kheper-Re-Seneb", que en la línea de las "Lamentaciones del sabio Ipuwer", se presenta como un diálogo del autor, un sacerdote heliopolitano, con su corazón, al estilo del "Diálogo del Desesperado". Por el nombre que cita el mismo texto, se ha pensado que pudo ser contemporáneo de Senwsret III (vid. GARDINER, 1909), pero aparte de no ser seguro, choca con el resto de la producción del período.

Dentro del género poético, pero también político, es dado recordar el "Himno a Senwsret III", plasmado en un papiro procedente de las excavacines de Kahun (PETRIE, 1898). Su fraseología grandilocuente alaba las virtudes del soberano, recordando el tono propagandístico de las "Enseñanzas sobre la Lealtad".

Del resto de la producción literaria del período habría que destacar los "Cuentos del papiro Westcar" y el "Cuento del Naúfrago". De la primera obra ya se ha hecho mención en otro lugar. El "Naufrago" está en la línea narrativa más pura de relato de viajes fantásticos aunque con referencias a rutas conocidas de los egipcios: El Sinaí y el País de Punt. La maravillosa isla del Naúfrago está habitada por una serpiente benefactora. (LEFEBVRE, 1949). En imposible no pensar en "Simbab el marino".

La riqueza de ésta producción literaria lleva a la reflexión inexcusable sobre el grado de desarrollo cultural del Reino Medio y a la consideración, pesimista, de cuál es el inmenso legado perdido.



Plano de Egipto durante el Reino medio y el Segundo Período Intermedio

III. De nuevo la oscuridad

1. Continuidad y decadencia

Al período que se inicia con la muerte de Sobeknofrwre y finaliza con la subida al poder de Ahmohs se le denomina generalmente Segundo Período Intermedio. Por este mero hecho es casi inevitable pensar que las razones y circunstancias que rodearon este lapso de tiempo, doscientos años aproximadamente, pudieron ser similares a los que confluyeron en el Período Intermedio precedente. Y sin embargo, nada más alejado de la realidad.

En primer lugar hay que señalar que la documentación para este período es extremadamente escasa en relación con su duración y consiste, sobre todo, en material arqueológico. A excepción de dos papiros administrativos y uno matemático, el resto de la documentación escrita es extremadamente breve. En lápidas, escarabeos y materiales arquitectónicos diversos puede leerse a veces el nombre de algún faraón, incluso con dificultad, en algunos casos.

En segundo lugar hay que señalar que se desconocen en su mayoría las razones internas del declinar de la monarquía y, a falta de documentación utilizable, es arriesgado considerar los argumentos barajados en el análisis del Primer Período Intermedio. La bibliografía de los últimos años ha planteado un conjunto de hipótesis que han determinado el esclarecimiento de la tradición historiográfica egipcia, fundamentalmente el Papiro Real de Turín y Manetón.

Para éste último, y a través de Flavio Josefo, el Africano y Eusebio, los monarcas, en número total de 217 y con un lapso de tiempo de 1.590 años (vid. GARDINER, 1964), se agrupaban en cinco dinastías que habrían gobernado sucesivamente (XIII, XIV, XV, XVI y XVII). El Papiro de Turín, en cambio, plantea una sucesión de 175 reyes en un lapso que según se interpreta actualmente, no puede ir más allá de 230 años (KEMP, 1983). La única explicación para aceptar de alguna manera la tradición egipcia es simultanear los reinados. Y hay que ir más allá y abordar incluso el mismo concepto de dinastía. Para los autores de la tradición historiográfica egipcia, como muy bien ha señalado KEMP (1983), lo importante era destacar la sucesión de reyes, aun a costa de introducir un orden falso y, hay que suponerlo, preservar la idea de la unidad del Valle en una sola mano.

Aceptando incluso, la simultaneidad de las dinastías manetonianas y respetando su nomenclatura por criterio de comodidad, hay que subrayar la imposibilidad del acceso al trono

de padres a hijos. La duración escasa y el número de los reinados hacen imposible esta premisa. Puede aceptarse, incluso, que simples gobernadores de ciudades del Delta circunscribieran su nombre con una cartela real y pasaran a la posteridad para confusión del historiador. Las pretensiones al poder por distintas ramas familiares explicaría la fragmentación política del Norte, e incluso, la rapidez con que se sucedieron los monarcas según el Papiro de Turín.

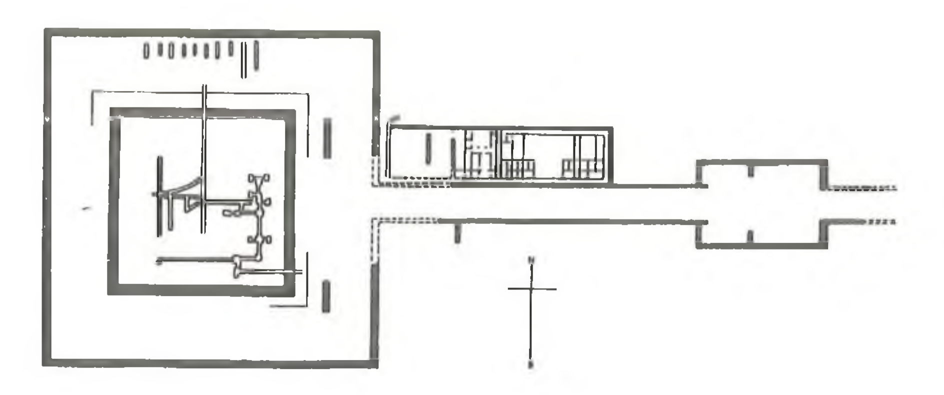
En el estado actual de la crítica histórica y por mor de la claridad, puede reconstruirse un esquema del período de la siguiente manera:

Los Reyes que sucedieron a la dinastía XII gobernaron desde *Ithtawy*, aunque la corte se trasladaba a Tebas en ciertas ocasiones (se les puede dar el nombre de dinastía XIII, por comodidad). En un primer momento controlaron todo el Valle, pero hacia el final se produjo la sucesión de Xois en el Delta, (a lo que se puede llamar dinastía XIV). Poco después de estos hechos un grupo de asiáticos se concentró en Avaris y luego se expandió por el Delta, serían los hicsos (dinastía XV de Manetón) que terminaron conquistando Menfis y constituyendo una monarquía centralizada, pero con ciertas ciudades-estado semivasallas, al estilo de Canaan; (los reyes de estas ciudades constituirían en su conjunto la dinastía XVI de Manetón).

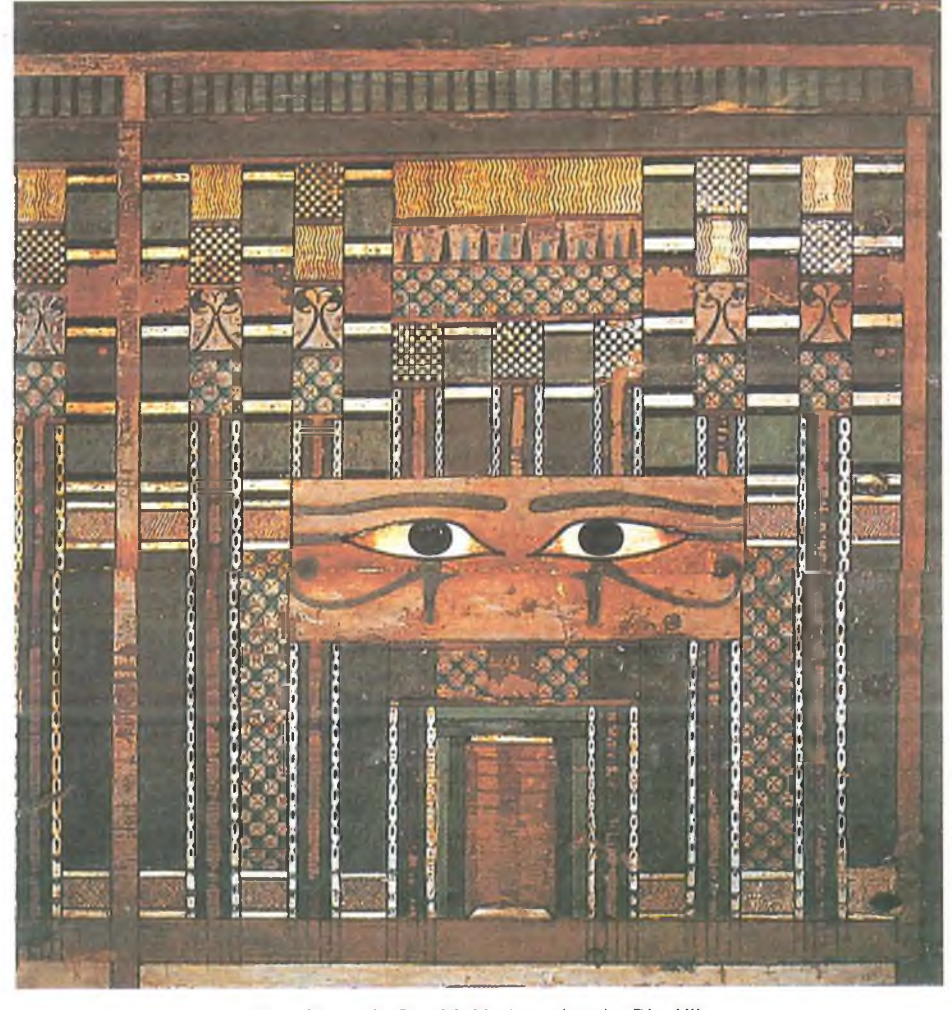
Con la toma de Menfis declina el poder de los monarcas de la denominada dinastía XIII que desaparece, cediendo el control del Alto Egipto a una familia tebana, (la XVII de Manetón).

A pesar de este esquema, más práctico que otra cosa, quedan muchos puntos oscuros. Se conocen nombre de reyes a los que es difícil ubicar en un grupo determinado y los investigadores discuten aún no sólo la presencia de estos reyes en una determinada dinastía, sino también su orden de sucesión, sus años de reinado o, incluso, la realidad de su existencia. Compaginar, por ejemplo, los nombres del Papiro de Turín que sucedieron a los monarcas de la dinastía XII con la lista manetoniana para la XIII, ya es en sí mismo todo un problema.

Este caos en el conocimiento de la sucesión real no parece que esté acompañado de un verdadero caos social y político. La nota más característica de la dinastía XIII fue prolongar el Estado logrado durante la XII. Esta continuidad en el funcionamiento de la Administración parece ser un logro de la Administración misma. El aparato estaba creado y

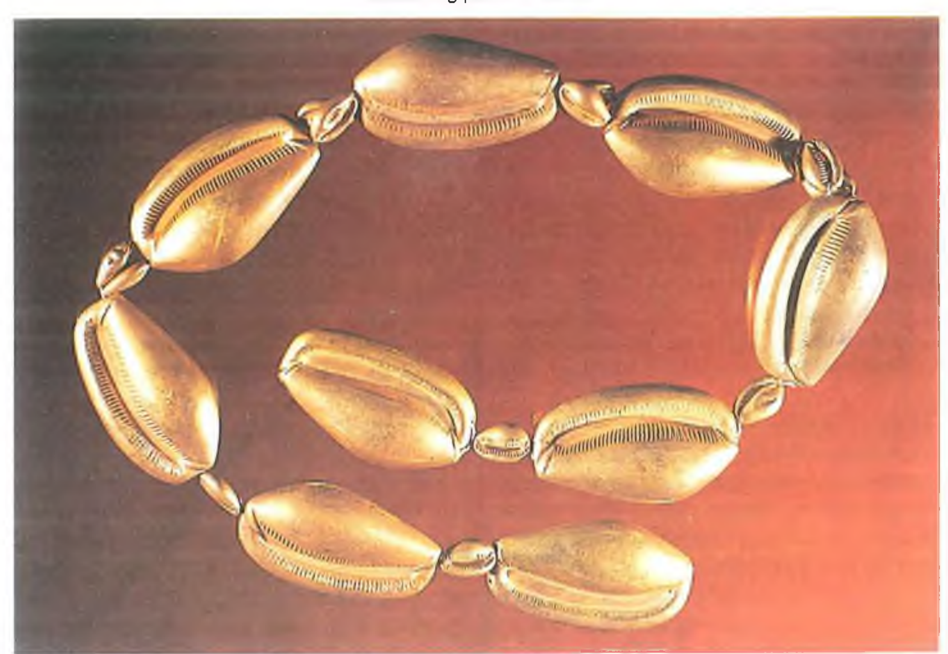


Plano de la pirámide de Amenemhat III en Dahchur, según Michalowsky



Sarcófago de Sembi. Madera pintada. Din. XII.
Museo Egipcio. El Cairo

Cinturón de la reina Mereret. Din. XII.
Museo Egipcio. El Cairo



Estela de Rapw. Comienzos de la Din. XIII.
M. E. Turín

funcionaba. Se habla, incluso, de una familia de visires como artífices del aparente milagro (VON BECKERTH, 1964, 1971). Se puede pensar, por lo tanto, y nada parece contradecirlo, que la transición de la dinastía XII a la XIII se hizo sin sobresaltos ni acontecimientos violentos. Habrá que suponer, por lo tanto que sólo significó un cambio en la línea familiar. La ciudad de Kahún siguió funcionando hasta bien entrada la dinastía y su corte definitivo sólo sobrevino con el período hicso, lo cual, como señala KEMP (1983), es suficiente significativo.

Estos faraones parece ser que siguieron la costumbre de hacerse enterrar en pirámides, si bien de proporciones más modestas, con infraestructura de ladrillo y recubrimientos de piedra, hoy perdidos en su mayor parte. Se han identificado algunos, pero de la mayoría de los faraones atestiguados se desconoce la ubicación. No así de Amenemhat V, Khendjer y Neferhotep I.

Gracias al material arqueológico se sabe algo de algunos de los monarcas. Sekhenre Khutawi, por ejmplo, construyó templos en Deir-el-Bahari y en Medamud. En este importante emplazamiento del Alto Egipto aparece citado otro faraón, Sobekhotep III, bajo cuyo reinado se fechan, aunque no unánimemente, dos documentos de enorme importancia para el período. Se trata de los papiros Bulaq 18 y 351446 del Brooklyn Museum.

El primero consta de una relación de personas y bienes que afectan al funcionamiento de la corte en Tebas en un determinado momento. Abarca asuntos tan dispares como el reparto de productos a personajes oficiales, empleados de alto rango y familiares reales, entre estos últimos destaca el número de mujeres. Se menciona también al visir. Un listado recoge los productos enviados al dios Montu de Medamud, lo cual indica el mantenimiento de las tradiciones locales más antiguas. Tal vez el dato que tenga más importancia es la referencia a la existencia de tres departamentos o ministerios como fuentes de ingresos. El *waret* de la Cabeza del Sur (la región tebana), el *waret* del Tesoro y el *Waret* de los trabajos del Estado. Que no se mencionan los dos *waret* del Norte (El Delta) y del Sur (El Medio Egipto) plantea problemas de difícil solución en relación con la explotación y administración de esos territorios. ¿Seguía funcionando la Administración Central en Ithitawy y era ella la encargada de tal explotación y por eso no se mencionan en un escrito tebano?

El segundo documento, el Papiro de Brooklyn (vid. HAYES, 1955) presenta varias listas de funcionarios y personal de servicios, la mayor parte de los cuales eran asiáticos. Su importancia se verá en breve.

Bajo Neferhotep I se puede pensar que la monarquía controla todavía la totalidad del Valle a Excepción de un fragmento del Delta, el nomo sexto del Bajo Egipto, Xois, en la actual Quedem, cuyos gobernantes se debieron otorgar el título de reyes dado que aparecen en las Listas Reales (sería la dinastía XIV de Manetón). Pero los acontecimientos parecen precipitarse puesto que bajo el reinado de su hermano y sucesor Sobekhotep IV la ciudad de Avaris (Hwet-weret, Gran Fortaleza), hoy día Tell ed-Daba, parece que es tomada por contingentes asiáticos. Desde *Ithtawy* los sucesores de los Amenemhat y los Sesostris no pudieron impedir la existencia de poderes locales que se independizaron de la Administración Central en un principio, para después constituirse en monarcas independientes. La fecha probable del alzamiento de Avaris, la deducen algunos investigadores de la existencia de la llamada "Estela del año 400", que copia un documento original del reinado de Horemheb, bajo el cual se celebró el cuatrocien-

tos aniversario de la fundación del templo de Seth, en Avaris. Si esta interpretación es correcta la fundación del templo se podría fijar en una fecha comprendida entre 1730 y 1720 aproximadamente.

El control del Norte se debió de escapar lentamente de manos de los monarcas de la dinastía que gobernaba el Valle y posiblemente hacia 1640 la toma de Menfis por los hicsos dejó el Alto Egipto o tal vez sólo la "Cabeza del Sur" en manos de los tebanos (dinastía XVII de Manetón) mientras que los primeros fundaban una dinastía que según el Papiro de Turín gobernó 108 años con 6 reyes (la XV de Manetón).

2. Los hicsos

"Bajo el reinado de Tutimaios, por causas por mí ignoradas, la cólera divina se abatió contra nosotros y, de improviso, desde Oriente, un pueblo de raza oscura tuvo la audacia de invadir nuestro país y, sin dificultad ni combate se instaló de viva fuerza (...) Al fin, ellos hicieron rey a uno de los suyos llamado Salitis. Este príncipe se estableció en Menfis, exigió impuestos a todo lo alto y bajo del país (¿Alto y Bajo Egipto?) dejando detrás de sí guarniciones en las localidades más convenientes."

Flavio Josejo, *Contra Apion, I*, 75-77

Este fragmento manetoniano conservado por el autor judío ha sido, tal vez uno de los pasajes más discutidos de la documentación historiográfica egipcia recogida por el legado clásico. En él se plantean algunas ideas que no pueden ser aceptadas modernamente. En principio cabe decir que la presencia de asiáticos no fue algo "de improviso" y hoy día se discute, incluso, si se puede aceptar el término invasión en su sentido estricto.

El Papiro de Turín recoge con exactitud un término que los egipcios utilizaban desde antiguo para designar a los jefes tribales semitas *heka-Khaswt*, literalmente "gobernador de países extranjeros".

Sobre el significado del Período hicso hay que distinguir dos líneas historiográficas antagónicas. La más conocida de estas tradiciones es la que expresa el horror producido a los egipcios de épocas posteriores la idea de que sus antepasados fueran gobernados por "asiáticos". Esta tradición la recoge la literatura del Reino Nuevo y algunas inscripciones, como la de Hatshepswt. La asociación de los hicsos con el dios Seth parece incidir algo en esta tradición, pero se trata, más que de una identificación con ideales "extranjeros", del reconocimiento de un hecho autóctono, la vieja implantación de este dios en el Delta. Por otra parte, los hicsos, que imitaron el ritual, las titulaturas reales y la cultura toda, jamás incluyeron el nombre del dios Seth entre sus nombres de coronación.

Pero la documentación arqueológica, recogida en muchos puntos del Valle, y más áun en el Delta, e incluso en épocas posteriores, rechaza esta animadversión por parte del pueblo egipcio, por lo menos en la época de los acontecimientos.

No es, seguramente inútil recordar que "asiáticos" mezclados con la sociedad egipcia había habido siempre. Durante la dinastía XII y sus sucesores debió de incrementarse su presencia, como lo testimonia el Papiro de Brooklyn, y como se evidencia por la documentación hierática de Kahún, en la que se menciona a "jefes de asiáticos" al hablar de destacamentos militares. Posiblemente en calidad de tropas auxiliares. Al margen de su mayor o menor implantación en el Valle, es un hecho que el Delta los hubo siempre (POSENER, 1957 b).

Hay, sin embargo, un hecho que ha llamado la atención de los investigadores tras las últimas excavaciones del Delta. La presencia de múltiples



Estela de Horhernakht.
Finales Din. XII. M. E. de Turín.

objetos de fabricación palestina correspondientes a la cultura del Bronce Medio del sur de Canaán. No sólo objetos sino también construcciones, o más bien, lo que queda de sus cimientos, que responden a formas y prototipos asiáticos. Aunque estos datos proceden de una zona restringida del Delta (Tell ed-Daba sobre todo, seguramente emplazamiento de Avaris) por lo menos en su concentración máxima, y no aparecen en el resto de Valle, dan motivos para pensar que durante los primeros momentos (decenas de años tal vez) la implantación hicsa era simplemente una provincia más de la cultura del Bronce palestino (vid. LIVERANI, 1988). En relación con estos hechos es permisible pensar que una lenta inmigración favoreció la concentración de "Asiáticos" en la zona oriental del Delta. Esto explicaría su impregnación de cultura egipcia y no impide, además que grupos más belicosos entraran efectivamente y aprovechando la debilidad del control egipcio en esa zona, se instalaran de forma cruenta (KEMP, 1983). La toma de Menfis, pudo ser, por lo tanto, el golpe de gracia al gobierno de *Ithtawy*, gobierno ya debilitado por sí mismo y entregado tal vez a luchas internas. Los niveles de destrucción encontrados en Tell ed-Daba (BIETAK, 1970, 1975) pueden probar tal vez, que los comienzos del poder hicso no fueron tan pacíficos como pretende Menetón. Su Tutimaios parece que puede ser identificado con Dedwmesiw I cuyo nombre está atestiguado por monumentos de Deir el-Bahari, Tebas y Gebelein.

Tras la fundación de un Estado o grupo de Estados Vasallos, al estilo palestino, los hicsos controlaron el Bajo Egipto durante un siglo prácticamente. Aportaron novedades a la cultura egipcia en el ámbito de las fortificaciones y en el uso del carro de guerra, aunque ya existían caballos en Egipto muy probablemente. Su aportación en materia de relaciones con Asia se tradujo en el conocimento de técnicas y productos de los que luego se beneficiaron la cultura y los egipcios del Reino Nuevo. Se adaptaron y adoptaron plenamente la civilización egipcia, utilizaron la escritura jeroglífica como testimonian numerosos documentos. El famoso



El KA del rey Hor. Din. XII.
Museo Egipcio. El Cairo.

papiro matemático Rhind (vid. ROBINS-SHUTE, 1987) se fecha el año 33 de Apofis I, aunque parece copia de un original de procedencia tebana. Como se ha visto, crearon en torno a Seth una religión oficial, más cerca de sus ideales semitas, de los cuales destaca el hecho de que conservaran el culto de Anat-Astarte y, sin embargo, aceptaron la religión oficial egipcia en tanto que mantuvieron al dios Re en sus titulaturas reales. En suma, la presencia hicsa no parece que supusiera un corte en la cultura egipcia y tal vez su repulsa fuera más un problema de propaganda política posterior que un sentir general del pueblo egipcio.

3. Tebas o el nacionalismo rebrotado

A partir de la documentación arqueológica parece probable que los príncipes o reyes tebanos controlaron desde un principio la demarcación que aproximadamente correspondía a la Cabeza del Sur. Probablemente esta rama familiar de los reyes que ejercieron su poder en la totalidad del Valle, pero débilmente, ya controlaban ese territorio bien como delegados del monarca nominal o simplemente ejerciendo de hecho un poder local teóricamente sojuzgado. Teniendo en cuenta la actuación política de los reinados anteriores todo era posible. La pregunta que se puede plantear es simplemente qué razones impidieron a los hicsos dominar la totalidad del Valle.

KEMP (1983) plantea simplemente la falta de interés en una zona que en sí misma no era fuente de riqueza. Y ni siquiera era ya zona de paso para la Baja Nubia, pues desde Kush una monarquía controlaba las viejas posesiones egipcias. De esta manera el Egipto de los Sesostris estaba dividido en tres reinos independientes: Hicsos, Egipcios y Kushitas.

Para esta dinastía XVII la documentación tiene más densidad. El Papiro de Turín enumera 15 reyes, de los cuales los monumentos ratifican diez. Se han encontrado las tumbas de diez en Tebas, pero de uno no coincide el nombre, ni con los de otros monumentos ni con los de las listas reales. De estos diez ratificados se tienen noticias indirectas por el tipo de monumento en que aparece su nombre. El primero, Rahotep Wahankh, restaura el templo de Min en Koptos y el de Osiris en Abydos. Le siguen Antef V Wepmaat y Antef VI, que reinó unos meses. A éste le sucede Sobekemsaf II, cuyo reinado excedió la media de entonces. Su tumba es citada en el Papiro Abbott, de época de Ramsés IX, escrito por el que se conocen los famosos robos de tumbas. Le siguen Djehwty y Mentuhotep VII, de los que no se sabe apenas nada. El siguiente, Nebiryaw I es citado en la "Estela jurídica de Karnak" curioso documento sobre la "venta" de un cargo (vid. MENU, 1982).

Del siguiente monarca Antef VII se sabe que fue contemporáneo de Apofis I y aunque un relieve del templo de Myn en Koptos lo representa venciendo a un asiático y a un nubio la escena parece ser más bien un deseo que una realidad. Ningún otro dato permite suponer que egipcios, hicsos y nubios estuvieran en guerra, todavía. Su tumba se emplaza en Dar Abu el Naga.

Le suceden Senakhtenre Taa I, "el Antiguo" y Seqenenre Taa II, "el bravo". Según una tradición muy posterior recogida en el Papiro Sallier I, las hostilidades habrían comenzado entre Seqenenre y Apofis. Dado que la momia de Seqenenre presenta heridas hechas con armas de guerra se ha pensado durante mucho tiempo que la lucha con el Norte había empezado verdaderamente bajo el reinado de éste último, pero la documentación no se hace verosímil hasta el reinado de

su sucesor: el rey Kamose.

Fechada en su reinado se encontró una tableta de madera, de las utilizadas por los escribas, que contenía el fragmento de un relato que parecía más literario que histórico. Es la conocida como Tableta Carnarvon, descubierta en Dar Abu el Naga. Durante muchos años GARDINER (1916) insistió sobre la veracidad histórica de su contenido, pero ésta no fue admitida hasta que dos fragmentos de piedra procedente de un estela certificaron que la tableta Carnarvon no era sino la copia hecha por un escriba de una estela real. Pero los fragmentos de piedra no pudieron ampliar el texto, sólo lo corroboraron (vid. SMITH and SMITH, 1976). El descubrimiento por Labib HABACHI (1972) de una segunda estela revolucionó el conocimiento sobre el problema y presentó al rey Kamose como el verdadero iniciador de la guerra contra los hicsos. Hoy se piensa que las dos estelas fueron erigidas contiguas y que el relato de los acontecimientos comienza en la primera conocida:

"Año tercero del Horus: Aquel que aparece sobre el trono, las Dos Damas, El que renueva los monumentos, el Horus de Oro: el que hace felices las dos tierras, Rey del Alto y Bajo Egipto: Wadjekheperre, hijo de Re, Kamose, que vive como Re Eternamente amado de Amon-Re (...), Su Majestad habló en su palacio al Consejo de los grandes de su séquito: A qué se reduce mi poder, si un jefe está en Avaris y otro en Kush y yo permanezco sentado entre un asiático y un nubio (...)".

Comienzo de la primera estela (Tableta Carnarvon), fragmento.

Kamose pretende convencer a sus Altos Dignatarios de una guerra que no puede gustarle en absoluto, según se desprende del texto que sigue. A pesar de ello Kamose inicia las hostilidades y el resto de la estela, aún perdido, debería relatar las vicisitudes de la guerra hasta llegar al punto en que comienza la segunda estela.

En ella, tras una provocación al rey hicso se ve ya dueño de Avaris, en un relato un tanto nebuloso que hace dudar seriamente de su veracidad.

"Veo tu villana espalda cuando mis soldados están detrás de ti: Las mujeres de Avaris no concebirán más. No laten sus corazones cuando oyen el grito de guerra de mis soldados."

Fragmento de la segunda estela.

No parece probable que Kamose llegara a la cudad de Avaris y, muy probablemente se limitó a realizar incursiones para asegurar los territorios más al Norte del Alto Egipto. En otra parte el texto puede responder mejor a hechos históricos. Se trata de la inclusión de una carta, interceptada por el rey egipcio, que el hicso manda al soberanos de Kush.

"Awserre, el hijo de Re, Apofis, saluda a su hijo el rey de Kush. ¿Por qué te has proclamado como soberano sin avisarme? ¿Conoces lo que Egipto me ha hecho? El rey que allí reside, Kamose, puede ser dotado de vida, me ha agredido en mi territorio, sin haberle provocado, como él ha hecho antes contra ti"...

Idem. de la segunda estela.

La indicación expresada en la última frase es de vital importancia para comprender el mérito de Kamose. Al unísono ha combatido en dos frentes tradicionales de los egipcios: los nubios y los asiáticos.

Una inscripción de Buhen confirma la expedición contra Nubia y aunque el relato de la segunda estela no expresa ningún triunfo definitivo sobre los hicsos, es evidente que el útimo rey de la dinastía XVII asume una función ya histórica del Alto Egipto: conquistar de nuevo el Norte.

Cronología

Fechas aprox.	Acontecimientos
2185	Fin probable de la dinastía VI.
2185-2134	Dinastías VII/VIII.
2134-2040	Dinastía IX/X Heracleopolitana.
2134-2061	Príncipes tebanos hasta Mentuhotep. II.
2061-1991	Dinastía XI (desde Mentuhotep II).
1991-1783	Dinastía XII.
1783-1640	Dinastía XIII.
1640-1532	Dinastía XV (Hicsos).
1640-1550	Dinastía XVII (Tebanos).

Bibliografía

Alfred, C. 1970.
"Some royal portraits of the Middle Kingdom in ancient Egypt". *MMJ*, 3, 27-50.

Baines, J. 1982.
"Interpreting Sinuhe", *JEA*, 68, 31-44.

Barguet, P. (ed.) 1986.
Les Textes des sarcophages égyptiens du Moyen Empire. Paris.

Barrocas, C. 1978.
L'antico Egitto, Roma

Beckerath, J. V. 1966.
"Die Dynastie der Herakleopoliten 9/10 Dynasties". *ZAS*, 93, 13-20.

Beckerath, J. V. 1971.
Abriss der Geschichte der Alter Ägypten. Munich, Vienne.

Beckerath, J. V. 1976.
"Die Hyksos in Aegypten". *AW*, 7, 53-58.

Bell, B. 1975.
"Climate and history of Egypt: the Middle Kingdom". *AJA*, 79, 223-269.

Breasted, J. H. 1906.
Ancient Records of Egypt. Chicago; reimp., London, 1988.

Bresciani, E. 1969.
Letteratura e poesia dell'Antico Egitto. Torino.

Clere, J. J. 1950.
"La Stéle d'un commissaire de police (MR-SNI) de la Premiere Période Intermédiaire". *R.d'E*, VII, 19-32.

Daumas, F. 1962.
"La naissance de l'humanisme dans la Litterature de l'Egypte Ancienne". *Oriens Antiquus* I, 155-184.

Daumas, F. 1965.
La civilisation de l'Egypte Pharonique. Paris (edic. esp. 1972).

David, A. R. 1986.
The Pyramid Bualders of Ancient Egypt. London.

Desroches Noblecourt, C. 1986.
La femme au temps des Pharaons. Paris.

Donadoni, S. 1970.
Testi religiosi egizi. Torino.

Driton, E. y Vandier, J. 1938.
L'Egypte. Des origines à la conquete d'Alesandre. Paris, 6ª ed., 1984.

Edward, I. E. S. 1961.
The pyramide of Egypt. Hormondsworth.

Fischer, H. G. 1985.
Egyptian Titles of the Middle Kingdom. New York.

Gabra, G. 1976.
"Preliminary report on the stela of *Htpi*

from El-Kab from the time of Nahankh Inyotef II", *MDAIAK*, 32, 45-56.

Gardiner, A. H. 1909.
The Admonitions of an egyptian Sage from a hieratic papyrus in Leiden. Leipzig, 1909, Reprint, Hildesheim, 1963.

Gardiner, A. H. 1916.
"The defeat of the Hyksos Kamose; The Carnavon Tablet nº1, *JEA*, 3, 95-110.

Gardiner, A. H. 1959-1987.
The Royal Canon of Turin. Oxford.

Gardiner, A. H. 1961.
Egypt of the pharaons. Oxford.

Giddy, L. L. 1987.
Egyptian Oases. Bahariya, Farafra and kharza During Pharonic Times. Warminster.

Goedicke, H. 1977.
The Protocol of Neferyt (The Prophecy of Neferti). Baltimore.

Habachi, L. 1958.
"God's fathers and the role they played in the history of the First Intermediate Period", *ASAE*, 55, 167-190.

Habachi, L. 1963.
"King Nebhepetse Mentuhotep", *MDAIAK*, 19.

Habachi, L. 1972.
The Second Stela of Kamose and his struggle against the Hyksos ruler and his capital. Glückstadt, 1972.

Hatamori, Y. 1988.
"An Uprising in the First Intermediate Period of Egypt" *Forms of Control and subordination in Antiquiti.* T. YUGEM. DOI, edts., Leiden-N.York-Kölu.

Hayes, W. C. 1946.
"Royal decrees from the temple of Min at Coptus", *JEA*, 32, 3-23.

Hayes, W. C. 1953 a.
"Notes of the goverment of Egypt in the late Middle Kingdom". *JNES*, 12, 31-39.

Hayes, W. C. 1953 b-1959.
The Scepter of Egypt. 2. New York.

Hayes, W. C. 1970.
"Chronology. Egypt to and of Twentieth Dynasty". *CAH*, I, 1º 173-193.

Hayes, W. C. 1971.
"The Middle Kingdom in Egypt: internal History from the rise of the heracleopolitans to the death of Ammenemes III", *CAH*, I, 2º, 464-531.

Hayes, W. C. 1972.
A Papyros of the Late Middle Kingdom in the Brooklyn Museum. New York, The Brooklym Museum.

Hayes, W. C. 1973.
"Egypt: from the death of Ammenemes III to Sequenere II", *CAH*, II, 1º, 12-76.

James, T. G. H. 1962.
The Hekanakte papers and other earley Middle Kingdom documents. New York.

Kemp, B. J. 1972.
Temple and town in ancient Egypt", en UCKO, P.J., TRINGHAM, R. y DIMBLEBY G,W, (eds.): *Man settlement and Urbanism.* London, 657-680.

Kemp, B. J. 1983.
"Old Kingdom, Middle Kingdom and Second Intermediate Period c. 2686-1552 B.C.", en TRIGGER, B.G., KEMP, B.J.., O'CONNOR D. and LLOYD, A.B. *Ancient Egypt, a social History,* London. Traducción castellana con el título: *Historia del Antiguo Egipto,* Barcelona, 1985.

Lacau, P. 1954.
"Une stele du roi "KAMOSIS". *ASAE*, 34, 245-271.

Lalouette, C. 1984-1987.
Textes sacres et textes profanes de l'ancienne Egypte, 1º: *Des Pharaons et des hommes,* Paris, 1984; 2º: *Mithes contes et poesie.* Paris.

Lalouette, C. 1986.
Thebes ou la naissance d'un Empire. Paris.

Lichtheim, M, 1973.
Ancient Egyptian literature, a book of readings. vol. I: *The Old and Middle Kingdoms*. Berkeley.

Leclant, J. 1980.
"Les empires et l'imperialisme de l'Egypte pharaonique", en DUVERGER, M. (dir.): *Le concept D'Empire*. Paris, 49-68.

Lucas, A. y Harris, J. R. 1962.
Ancient Egyptian materials and industries. London, reimp.

Menu, B. 1982.
Recherches sur l'Histoire juridique, economique et sociale de l'ancienne Egypte. Versailles.

Montet, P. 1957-1º 1961-2º.
Geographie de l'Egypte ancienne, 2 vols, Paris.

O'Connor, D. B. 1972.
"The geography of settlement in ancient Egypt", en UCKO, P.J., TRINGHAM, R. y DIMBLEBY, G.W. (eds.): *Man, settlement and Urbanism*. London, 681-698.

O'Connor, D. B. 1974.
"Political systems and archaeological data in Egypt: 2600-1780 B.C.", *WA*. 6, 15-38.

Parant, R. 1982.
L'Affaire Sinouhé. Aurillac.

Porter, B. y Moss, R. L. B. 1970-81.
Topographical bibliography of ancient Egyptian hieroglyphic texts, reliets and paintings. vols. I, II, III, VI y VII. Oxford.

Posener, G. 1940.
Princes et pays d'Asie et de Nubie. Bruxelles.

Posener, G. 1950.
'Section finale d'une sagesse inconnue (recherches littéraires, II)" *R.d'E.*, VII, 71-84.

Posener, G. 1951.
"Les richesses inconnues de la littérature égyptienne (recherches litteraires I), *R.d'E* VI, 28-48.

Posener, G. 1952.
"A propos des graffitis d'Abisko". *AO*, 20, 163-166.

Posener, G. 1956.
Litterature et politique dans l'Egypte de la XIIe dynastie. Paris.

Posener, G. 1957a.
"Le conte de Neferkare et du général Sisené (Recherches littéraires, VI)". *R.d'E.*, XI, 119-137.

Posener, G. 1957b.
"Les asiatiques en Egypte sous la XII et XIIIe dynasties". *Syria*, 34, 146-163.

Posener, G. 1960.
De la divinitée du Pharaon. Paris.

Posener, G. 1966.
"Les textes d'envautement de Mirgissa" *Syria*, 43, 277-287.

Posener, G. 1971.
"Syria and palestine in the heracleopolitan period and the Eleventh Dynasty", *CAH*, , *2º, 532-558*.

Posener, G. 1976.
L'enseignement loyaliste, Paris.

Pritchard, J. B. (ed.) 1969.
Ancient Near Eastern texts relating to the Old Testament. Princeton.

Quirke, S. 1986.
"The regular titles of the Late Middle Kingdom", *R.D'E.*, XXXVII, 107-130.

Redford, D. B. 1970.
"The Hyksos invasion in history and tradition". *Orientalia*. 39, 1-51.

Redford, D. B. 1986.
Pharaonic King-Lists, Annals and Day-Books, Mississauga.

Robins, G. y Shute, C. 1987.
The Rhind Mathematical Papyrus, Londres.

Schenkel, N. 1962.
Frühmittlelägyptische Studies, Bonn.

Schenkel, W. 1965.
"Menphis Herakleopolis Theben, die epigraphischen Zeugnisse der 7-11 Dynastien Ägytens", *Ägyptologische Abhandlunge, 2, Wiesbaden.*

Sters, J. van 1964.
"A date for the "Admonitions" in the Second Intermediate Period", *JEA,* 50, 13-23.

Seters, J. van 1966.
The Hyksos: a new investigation. New Haven, Londres.

Simpson, W. K. 1956.
"The single dates monuments of Sesostris I: an aspect of the institution of coregency in the Twelfth Dynasty". *JNES,* 15, 214-219.

Simpson, W. K. 1963.
"Studies in the Twelfth Egyptian Dynasty: I-II", *JARCE,* 2, 53-63.

Simpson, W. K. (ed.) 1973.
The literature of ancient Egypt. New Haven-London.

Smith, H. S. 1972 .
"Society and settlement in ancient Egypt", en UCKO, TRINGHAM y DIMBLEBY (eds.). *Man, Settlement and Urbanism.* London, 705-719.

Smith, H. S. y Smith, A. 1976.
"A Reconsideration of the Kamose Texts", *ZÄS,* 93, 48-76.

Smith, W. S. 1958.
The art and architecture of ancient Egypt. Harmondsworth.

Spiegel, J. 1950.
Soziale und weltanschauliche Reformbewegungen im alten Ägypten. Heidelberg.

Terrace, E. L. B. 1968.
Egyptian Paintings of the Middle Kingdom. New York.

Van de Walle, B. 1947.
'Le thême de la satire de métiers dans la litterature égyptienne", *C.d'E.,* XXII, 50-72.

Vandier, J. 1949.
La religion égyptienne. Paris.

Vandier, J. 1950.
Mo'alla. La tombe d'Ankhtifi et la tombe de Sébekhotep. El Cairo.

Vandier, J. 1952-78.
Manuel d'archeologie egyptienne, I-VI, Paris.

Vercoutter, J. 1954.
Egyptiens et prehellenes. Paris.

Vercoutter, J. 1987.
"L'Egypte jusqu'a a la fin du Nouvel Empire", *Les premieres civilisations* (dir. Pl Leveque), París, 69-214.

Ward, W. 1971.
Egypt and the East Mediterraneam World c. 2200-199 B.C. Beyruth.

Ward, W. 1982.
Index of Egyptian Administrative and Religious Titles of Middle Kingdom. Beyretuh.

Weill, R. 1912.
Les decrets royaux de l'Ancien Empire Egyptien. Paris.

Weill, R. 1950.
"Les nouvelles propositions de reconstructions historique et chronologique du Moyen Empire', *R.d'E.,* VII, 89-105.

Wildung, D. 1984.
Sesostris und Amenemhet. Agypthen im Mittleren Reich. München.

Winlock, H. E. 1947.
The rise and Fall of the Middle Kingdom in Thebes. New York.



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*